

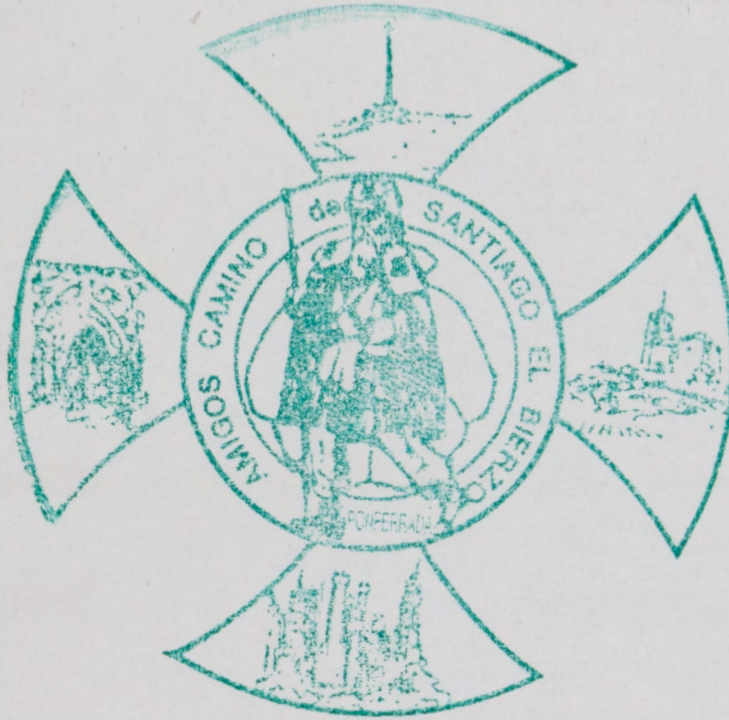
Peregrinus

nº1 2004



El camino iniciático de Santiago
Redescubriendo la Tradición

Fraternitas Compostella



Peregrinus

nº1

Año 2004

Fraternitas Compostella
Hermandad de Peregrinos Compostelanos

Peregrinus nº1

Año Santo Compostelano 2004

EDITA: Fraternitas Compostella.

Apartado de C. 31098 - 08080 Barcelona
Telf.: 629 375 602
www.identidadydiversidad.org/fraternitas
fraternitas@identidadydiversidad.org

IMPRIME: MONFUS, S.L.

c/ Comte d'Urgell, 141 - E-08036 Barcelona
Telf.: 93 323 74 17
copisteria@monfus.com

Impreso en la Unión Europea

Depósito Legal B-37.256-2004

SUMARIO:

Presentación 5

Primera parte

Artículos

Las guías y el Camino de Santiago, por A. del Corral 11

Santiago matamagrebíes, por Arturo Pérez Reverte 15

Cuando el camino interior comienza..., Diálogo 19

Camino y Destino, por Jaume García Esteve 25

Segunda Parte

Temas Centrales

Tradición y transmisión, por René Guenón 29

Significado del camino iniciático, por K. Dürckheim 35

La transformación iniciática, por Julius Evola 53

Tercera parte

Colaboración especial

El ocio o la destrucción del guerrero, por Fco. Sánchez-Bas 63

Los principios de la ciencia hermética, por Fco. Sánchez-Bas .. 69

El origen divino del hombre y de la tierra, por Fco. Sánchez-Bas 85

Presentación

¿Quiénes somos?

Ante todo, somos peregrinos del Camino de Santiago. Desde hace años, los primeros de nosotros, desde 1985, venimos realizando este recorrido, y ya hace tiempo que echábamos algo de menos, algo que pudiese darnos un motivo para decir que el Camino no acaba en Santiago, sino que el verdadero Camino comienza al llegar a Santiago y no acaba nunca.

Procedemos de casi todos los rincones de España y no somos demasiados, pero tampoco nos obsesionamos por ello.

¿Qué queremos?

La creación de una Hermandad de Peregrinos que pueda servir para la continuidad de una búsqueda superior, tanto exterior como interiormente. Ya existen numerosas asociaciones del Camino, y no pretendemos hacer una más. Por eso hablamos de Hermandad Compostelana (Fraternitas Compostella), porque queremos sentirnos unidos en torno a un ansia de búsqueda que parte desde las piedras del Camino y se dirige hacia las Estrellas del Universo. Y sabemos que eso será para una minoría, que debe ser y debe querer ser selecta y humilde a la vez.

No tenemos muchas pretensiones materiales pero sí que tenemos claro que queremos llenar un vacío que hay en este momento. El Camino ya es masivo. Se ha puesto de moda. Y esto no es ni bueno ni malo. Podríamos ver lo relativamente bueno como lo relativamente malo. Lo cierto es que «hay algo que falta». Es difícil de explicar, pero en toda la grandeza que vemos trazada en el recorrido, «algo se nos escapa constantemente de las manos». Y ese algo nadie nos lo ofrece. Pero algo nos dice

Peregrinus nº1

también, que alguna vez no fue así. Queremos buscar ese algo, y ofrecerlo a los demás.

¿Qué haremos?

En principio, hemos elaborado esta publicación con un contenido especial, y que da una idea de cuáles son nuestros parámetros. Aquí se refleja muy bien por dónde vamos y qué buscamos. Queremos profundizar sobre la idea del Camino Iniciático. Sabemos que es muy complicado explicarlo fielmente sin caer en sensacionalismos demasiado esoteristas. Queremos ceñirnos exclusivamente a la Tradición, al simbolismo del Camino y a nuestra propia intuición.

Además de esta publicación queremos organizar esporádicamente algún encuentro con nuestros socios para tocar temas concretos. Todo esto sería debidamente informado.

¿Qué ofrecemos?

Ante todo nuestra seriedad. No prometemos la iluminación, ni la piedra filosofal, a nadie. Partimos de nuestros limitados conocimientos sobre algo que nos sobrepasa. Pero no obstante, no dudamos de que podemos aclarar bastantes ideas a aquéllos que intuyan ese algo más y que lo sientan sinceramente.

¿Quién puede estar con nosotros?

Todo aquel que, habiendo realizado el Camino de Santiago, quiera interiorizarlo más; aquel que quiera volver siempre, no sólo en lo físico, sino como símbolo de que estará dando vida nueva a una tradición ancestral reencontrada; aquél que, habiendo acabado el Camino, quiera que se transforme en un Camino de transformación interna; aquel que ame o quiera amar, y sienta o

quiera sentir, esa Tradición perdida netamente europea.

¿Qué pedimos?

Igualmente, seriedad. No pedimos dinero, pero sí el compromiso mínimo que comporte el pertenecer a una Hermandad, es decir a una asociación de personas libres, y esto puede reflejarse con algo tan simple como el comprometerse a obtener nuestra publicación cada vez que aparezca, con el único requisito necesario de haber realizado el Camino de Santiago de una forma ortodoxa, es decir a pie, bici o a caballo.

¿Resultados?

El tiempo dirá.

De momento, lee nuestra primera publicación a ver qué te dice. Quizás pueda sugerirte algo que necesitas. Quizás, no sea hoy, sino más adelante, cuando este mundo mediocre no te sacie.

Ave peregrinus !



Fraternitas Compostella

Primera parte

Artículos

Las guías y el Camino de Santiago,
por A. del Corral

Santiago matamagrebíes,
por Arturo Pérez Reverte
Publicado en El Semanal n. 865, 24-5-2004

Cuando el camino interior comienza...
Diálogo

Camino y Destino,
por Jaume García Esteve



Las guías y el Camino de Santiago

-¡Cómprate una guía!- me recomendó un compañero de trabajo cuando le comuniqué que pensaba hacer el Camino de Santiago. No sólo me dio este consejo sino que entró en un extraño estado catatónico de verborrea, explicando toda una suerte de anécdotas que le ocurrieron mientras realizaba su Camino, hasta el punto que no se dio ni cuenta de que prácticamente ya no lo escuchaba, pues había vuelto a mis tareas laborales. Lo que sí me impactó fue la pasión con la que aquel buen hombre me explicaba algo que en aquellos momentos no podía entender. Incluso me trajo, al día siguiente, unas zapatillas mugrientas alegando que eran una reliquia sagrada, que con ellas llegó a Santiago, ante el asombro, comidilla y -por que no decirlo- asco del personal que aquel día compartíamos puesto de trabajo. Se fue a casa al acabar su jornada laboral y desapareció de nuestra vista mientras aún blandía en el aire, al grito de ¡Ultreia!, sus desgastadas zapatillas. A nadie convenció de que aquellos trozos de goma en forma de sandalia fueran una reliquia, aunque sí las asociamos a Santiago porque tal y como las exhibía y por los efluvios que emanaban sí nos recordó al Botafumeiro. Aquel día se trabajó en un ambiente auténticamente catedralicio.

Seguí su ejemplo y me compré una guía: la editada por El País-Aguilar. Fue ésta pero podía haber sido otra. De hecho todas explicaban más o menos lo mismo y, ahora, tras haber recorrido el Camino desde Roncesvalles hasta Santiago, soy consciente de los múltiples errores que contienen. Errores tales que hacen que incluso el llevar una guía para realizar el Camino de Santiago sea algo más que superfluo. Valga decir que los errores de la guía los he ido descubriendo a medida que me alejaba en tiempo de la fecha de finalización del Camino. Y cada día voy encontrando de nuevos... He aquí la reseña de algunos de ellos.

Peregrinus nº1

1.- Dice la guía lo que hay que llevar para realizar el Camino. Habla de mochila, tipo y contenido,...todo falso. Lo único que hay que llevar es a uno mismo, que bastante carga ya es, y una predisposición a afrontar algo que sobrepasa lo deportivo, lo turístico o lo folklórico. Al igual que las corrientes subterráneas de agua, que sin ser vistas dan vida a la superficie visible, el Camino recorre un espacio invisible por debajo de lo folklórico, de lo turístico y de lo vacacional. El Camino hay que andarlo por debajo, no por arriba. Es lo que da vida lo que justifica el Camino, no la vida misma. Los pasos que se dan arriba se oyen en el exterior e incluso son oídos por los que te acompañan. Los pasos del camino interior resuenan más fuerte pero sólo son oídos por quien sabe escucharlos.

2.- La guía dice que el Camino empieza en Roncesvalles y acaba en Santiago. Craso error. El Camino empieza en Santiago y ya no acaba jamás. Tras más de 800 Km. andados en total, creí que no podría superar la emoción de entrar en la plaza del Obradoiro. Lo hice cuando salía el sol; entré acompañado por los primeros rayos solares de aquel día, como si fuera un mensajero de la Luz. Recuerdo que no sentí la alegría desbordada que creía que sentiría. Muy al contrario: me senté en el suelo, alejado de la puerta principal, frente a la fachada de la catedral, y me embargó un sentimiento de vacío. Pero no era un vacío como el que siente un ignorante, ni un vacío de ruinas, sino que era un vacío con una plena sensación de próximo relleno. Es el vacío del pulmón del recién nacido que va a aspirar aire por primera vez. Es el vacío que se genera cuando algo se va pero que va a ser sustituido por algo nuevo. Aquello no era la sensación del que llega a una meta vencedor y descorcha una botella de champán, feliz por haber acabado una tarea; era la sensación del que ha llegado a un punto en el que es consciente de que le queda mucho por hacer; mucho por rellenar. No se justifica pues la apertura del champán. Tras varios años de haber llegado a

Santiago, sigo caminando.

3.- Recomendaciones sobre la ropa a llevar. Ojo con las camisas. Hay que llevar una camisa que absorba algo más sutil que de ordinario. En Roncesvalles llevaba una camisa nueva, comprada para la ocasión. Zapatillas usadas, pero limpias. Ropa interior y mochila a estrenar. Me sentía limpio. A medida que avanza por el Camino, el barro de los Pirineos, el polvo de Castilla, la hierba de los prados gallegos, se van pegando a las telas. Es curioso; a medida que se iba ensuciando la ropa, a medida que su aspecto iba degenerando, me sentía más limpio. Cuando llegué a mi ciudad de residencia, mi mujer me comentó que tenía un aspecto deplorable, sucio. La miré con extrañeza. Jamás me había sentido tan limpio, tan puro. Es como si a medida que avanzas por el Camino, todo aquello que es un lastre, todo aquello que te separa de lo trascendente, todo lo superfluo, todo aquello que te ata y esclaviza a este mundo de la ilusión traspasara los poros de la piel, expulsado por el efecto regenerador del Camino y quedara pegado al último bastión de lo material: la camisa. Así, a medida que se produce un efecto de limpieza interior se sucede la suciedad exterior. Mala señal si llegas limpio de camisa a Santiago...

4.- El peregrino. La guía le otorga el título de peregrino a todo aquel que realiza el Camino de Santiago. Otra inexactitud. Peregrinos, lo que se dice peregrinos, hay unos pocos. Más de los que nos pensamos, quizá, pero muchos menos de los que recorren sendas hacia Santiago. Durante mi caminar he visto turistas -que se hartan de hacerse fotografías y si una etapa presienten que va a ser dura no dudan en ahorrarse sufrimientos y subirse a un autobús-, payasos -grupos juveniles y pintorescos individuos con ganas de hacerse notar-, «coquillards» o ladrones de camas en albergues a base de trampear con coches de apoyo, y toda clase de elementos para los que el Camino no es más que la prolongación de lo que desarrollan fuera de él. Pues es otro error: Peregrino no es el que enfoca el Camino como una

Peregrinus nº1

prolongación o continuación de lo que ya hace fuera de él, como si de unas vacaciones se tratara, sino que es el que es capaz de cortar con lo que es y hace y camina con un sentido de búsqueda; un sentido de trabajo y renovación interior, intentando escuchar en cada paso su propia voz . Este es un peregrino. El resto no son más que viajeros. Por muy bonita que les quede la Compostela en la pared de su casa. Si al llegar a tu hogar te sientes igual que cuando saliste, si no eres capaz de sentir una fuerza regeneradora que surca tu interior cual corriente telúrica, quizá ésta vez no has sido un peregrino.

5.- La Compostela. Las guías parecen sugerir que la Compostela es un premio-reconocimiento por haber hecho el Camino y, además, por «*pietatis causa devote*». Está bien. Bonito. Pero la real «*pietatis causa devote*» es la que debemos tener con nosotros mismos, no con el Santo. Apiadémonos de lo que somos y luchemos en una Gran Guerra Santa contra la inmensidad de Yoes que nos esclavizan, que nos intentan atar a lo más bajo de esta última era. La Compostela debe hacernos recordar que estamos en un proceso de muerte y resurrección espiritual; que en el atañor de la plaza del Obradoiro se produjo este proceso por el que murió el que salió de Roncesvalles y renació en un hombre nuevo, acompañado por la primera Luz del día. Y de ahí se puso a caminar. La Compostela debe hacernos recordar también , a modo de certificado de nacimiento, quienes somos y cual es el sentido de nuestra existencia.

Con estos cinco ejemplos espero haber demostrado la inutilidad de las guías; al menos las generalistas porque de hecho, habría que editar una guía distinta para cada peregrino pues, en realidad, hay tantos caminos, tantos inicios y tantas sendas como peregrinos recorren, han recorrido y recorrerán el llamado Camino de Santiago.

Andrés del Corral

Santiago matamagrebíes

Que sí, hombre. Que sí. Me parece de perlas. A ver por qué diablos se han mosqueado algunos carcamales por el hecho de que el cabildo de la catedral de Santiago de Compostela, con buen criterio y admirable visión de la coyuntura, anuncie la retirada de la belicosa imagen del apóstol Santiago escabechando morisma: una talla de madera policromada del siglo XVIII en la que, con absoluto desprecio hacia la realidad multicultural, el respeto a la totalidad de etnias y la verdadera misión de los ejércitos españoles, que es hacer de oenegés y de Beba la Enfermera poniéndole tiritas a la gente cuando se hace pupa, representa al Hijo del Trueno en actitud neonazi, espada en mano, ejerciendo intolerable violencia racial contra el colectivo magrebí que en el siglo IX se buscaba la vida en Clavijo. Ya era hora, aplaudo, de que alguien pusiera coto a esa provocación. Gesto que estoy seguro responde a causas éticas –al fin la Iglesia Católica ha visto la luz, después de tantos siglos pidiendo leña y cajitas de fósforos– y no a la egoísta preocupación ante la posibilidad de que un peregrino chungo llamado Omar o Ali, por ejemplo, al grito de Alá Ajbar, meta una mochila bomba debajo del botafumeiro y nos fastidie el Jacobeo. Es más. Creo que, al hilo de esa admirable iniciativa, el nombre de Santiago Matamoros que figura en tantos textos seculares y en tanto monumento, debe ser reescrito de forma conveniente. Santiago Matamagrebíes suena menos ofensivo y más socialmente correcto. Porque una cosa es explotar a mis primos por cuatro duros y llamarlos moromierdas por la calle, y otra herir su sensibilidad sensible con iconografía fascista. Ojo.

Por eso, puestos a mejorar el ambiente, estoy dispuesto a ir más lejos. Para radical, yo. Así evitaré cartas como la última, en la que un lector imbécil me llama de derechas porque hace

semanas critiqué la eliminación del yugo y las flechas, sin caer en la cuenta, el analfabeto, de que yo no me refería al emblema falangista, sino al Tanto monta, monta tanto de Isabel, reina de Castilla, y Fernando, rey de Catalunya, antes absurdamente llamado rey de Aragón. Pero a lo que iba. Decía que lo de quitar a esa mala bestia asesina del apóstol Santiago dando mandobles debe hacerse no sólo en Compostela, sino en todas partes: el palacio Rajoy, la ciudad, el Camino, etcétera. Y puestos a ello, a fin de mantener las sensibilidades musulmanas en estado razonable, sugiero eliminar también las cadenas que figuran en el escudo de España y en el de Navarra, pues conmemoran otras cadenas aciagas: las que rodeaban la tienda del Miramamolín – Al Nasir para los amigos– aquel año 1212 en que los almohades se llevaron las suyas y las de un bombero en las Navas de Tolosa. En la misma línea sería aconsejable, asimismo, eliminar la granada del escudo español, por razones obvias: ese Boabdil llevado llorando a la frontera entre tricornios de guardias civiles, como el Lute. Y ya puestos a meter mano al escudo, sería bueno revisar las dos siniestras columnas del Plus Ultra, con sus connotaciones de genocidio y limpieza étnica, que a cualquier mejicano o peruano deben de ofenderle un huevo y parte del otro. Sin olvidar un buen trabajo de piqueta en los escudos imperiales del siglo XVI donde campea el águila bicéfala franquista.

La tarea es vasta, pero necesaria. Esa Rendición de Breda, por ejemplo, donde Velázquez humilló a los holandeses. Ese belicista Miguel de Cervantes, orgulloso de haberse quedado manco matando musulmanes en Lepanto. Esa provocación antisemita de la Semana Santa, donde San Pedro le trincha una oreja al judío Malco en claro antecedente del Holocausto. Y ahora que Chirac nos quiere tanto, también convendría retirar del Prado esos Goya donde salen españoles matando franceses, o los insultan mientras son fusilados. Lo chachi sería crear una comisión de parlamentarios cultos –que nos sobran–, a fin de borrar

Fraternitas Compostella

cualquier detalle de nuestra arquitectura, iconografía, literatura o memoria que pueda herir alguna sensibilidad norteafricana, francesa, británica, italiana, turca, filipina, azteca, inca, flamenca, bizantina, sueva, vándala, alana, goda, romana, cartaginesa, griega o fenicia. A fin de cuentas sólo se trata de revisar treinta siglos de historia. Todo sea por no crisar y no herir. Por Dios. Después podemos besarnos todos en la boca, encender los mecheritos e irnos, juntos y solidarios, a tomar por saco.

Arturo Pérez Reverte

Publicado en El Semanal n. 865, 24-5-2004



Cuando el camino interior empieza...

De los muchos textos que circulan por el mundo editorial, y ahora ya también por Internet, hemos rescatado este sencillo diálogo que expresa lo que habría sido un intercambio de pareceres entre dos iniciados de alguna organización tradicional occidental quizás ya desaparecida.

a) Cómo explicarle a un aspirante lo que es ser Iniciado. Obviamente está el sempiterno problema de explicarle a alguien lo que no se debe explicar, y lo que además, no va a entender, por carecer de una mentalidad adecuada. Pero es que además, en lo poco que yo sé, contamos con capítulos de una experiencia muy reducida en estas plasmaciones exteriores. No pongo en duda, y de verdad, el marchamo esotérico tradicional de la vía guerrera que intentamos seguir, pero sí se me generan dudas con nuestras expectativas de éxito en las relaciones exteriores.

Respuesta: Diría que no se debe explicar en este caso porque no se puede. La mentalidad adecuada surge con el tiempo después de un trabajo constante en una misma dirección, suponiendo que la persona elegida tiene, por eso mismo, una capacidad potencial para poder «entender» alguna vez. Cuando una cosa surge de nuevo en un lugar y en un tiempo nuevo como el presente, es indudable que no se tiene experiencia en muchas cosas, pero siempre en cosas puramente contingentes, pues las cosas que están «más allá» se adquieren con el avance interior más que con una determinada experiencia en el mundo externo. No se debería depositar la fe en una supuesta experiencia en el funcionamiento si la base siempre habría de ser de orden puramente espiritual.

b) Hay más cosas por hacer de lo que se pensaban. Los pilares,

Peregrinus nº 1

aparentemente, no son tan grandes como pensaba (insisto, son reflexiones absolutamente particulares y personales). Con esto no quiero arrojar ni un ápice de duda sobre mi fe, sino si realmente el procedimiento es el adecuado o vamos demasiado deprisa. Si la estructura es tan pequeña como entiendo que es (y no pasa absolutamente nada, es decir, no hay ningún problema en ello), sería necesario solidificar mucho más esta nueva fase que estamos estructurando. En otro caso, tengo dudas de que podamos impartir un correcto magisterio.

Resp: Cuando hablas de pilares estás hablando de número de personas. ¿Y qué importa eso? Si sólo hubiese una única persona digna que sostuviese esos pilares, sería suficiente. Esto lo afirma Guenón. En una organización iniciática, no todos tienen la misma conciencia de ella, ni de su responsabilidad con respecto a lo que representan. A veces solo los más altos grados son los que son conscientes de todo. Creo que esto no es cuestión de fe, sino de lógica. Si una persona digna controla el conjunto, da igual que los demás sean más o menos ignorantes. Eso no cuestiona la legitimidad de la organización. Guenón afirma que la simple presencia de un iniciado en una organización, cualquiera que sea, podría ser suficiente para darle la categoría de tradicional. El magisterio que se imparta sólo será correcto si el grado de las personas es elevado. La instrucción intelectual es importante en el mundo de nuestra lucha y en el mundo que nos toca vivir. Eso no hay que negarlo. Pero a un nivel espiritual e iniciático eso es totalmente secundario. Creo que una orden iniciática debe regirse por lo primario, por lo que le caracteriza, y eso quiere decir que la enseñanza que imparta no será la que se describa en las hojas de los cursillos que se realicen sino precisamente la que no se escribe, y casi me atrevería a decir, la que no se imparte, sino que sería la que se irradia sutilmente. La enseñanza útil sería la que nadie entenderá. Se basará en instrucciones aisladas del instructor

que ninguno de los alumnos va a entender muy bien. Que les hará pensar, hasta llegar a la conclusión de que han de cambiar de «proceso» mental. Ni siquiera yo me considero incapaz de impartir esa instrucción a personas que estén de por debajo de mí. Siempre hay alguien que está por debajo, y alguien que está por encima. Dice Guenón, y parece saber bastante de esto, que uno ha de impartir la enseñanza hasta el punto en que esté capacitado, y siempre se ha de aspirar a que el alumno supere al instructor, quien, en tal caso, buscará la manera de que su alumno siga con otro instructor más adecuado o más preparado. Aquí no existen los celos.

Por otra parte, creo que no se va nada deprisa, pues se va deprisa sólo en apariencia y al principio, pero a la hora de la verdad se frena cada vez que se cree necesario. Ante la más mínima duda, siempre se ha optado por no dar el paso. Hay una enseñanza que se puede impartir sin ningún peligro. La enseñanza más importante no se irá impartiendo hasta que los instructores no la tengan realmente a su alcance. Afortunadamente, mientras haya una sola persona que tenga clara esa enseñanza, aunque sea en sus esbozos más iniciales, no existe ningún peligro de que centenares de posibles instructores novatos vayan recorriendo el mundo preparando futuros candidatos. Ésa es una experiencia que les llevará a conocerse a sí mismos, no por la experiencia en sí, sino porque tendrán que renunciar a muchas cosas que llevan de lastre, y verán en los demás su propio rostro reflejado. No es pues la experiencia lo importante, como se requeriría para cualquier otro trabajo sino el avance interior, y en nuestra vía eso es imposible si nos encerramos en nosotros mismos. Es una vía guerrera.

c) Muy importante esto que apuntas de separar la verdadera «materia prima» de decisiones que sean impulsadas por la Nostalgia o el Sentimentalismo. Yo soy el primero que ha sufrido

Peregrinus nº 1

estas tergiversaciones mentales, y debemos tener sumo cuidado con la separación de la paja.

Resp: El sentimentalismo es algo en lo que hay que caer normalmente al principio porque somos personas de elevado sentimiento. Creo que el conocimiento da dos facetas paradójicamente contrapuestas. Por una parte la independencia de los afectos para actuar y decidir. Uno se hace aparentemente más frío. Se deciden las cosas más ferozmente. Por otra parte, el sentimiento se hace más puro, más nítido, y uno acaba expresando ese sentimiento, aunque en contadas veces, pero de una manera más fuerte, sin ninguna traba, porque se decide plenamente y sin ningún pudor. Es decir se elimina el sentimentalismo pero se profundiza en la naturaleza y en la expresión de los sentimientos más elevados.

d) De igual manera que con el paso del tiempo, algunas intuiciones se han despertado en mi, estimo que tenemos que fortalecer nuestra dinámica para una verdadera formación espiritual. De igual manera que tú claramente lo apuntas en tu escrito, nada que ver, la formación espiritual con la intelectual. Sinceramente, cada vez veo a más gente de una enorme carga intelectual, que en cambio, están muy atrasados en su interior.

Resp: Poco más que añadir. Pero sí que insistiría en decir dos matices más acerca de esto. 1º. La formación intelectual es importante como medio de lucha, como herramienta. Por eso no hay que olvidarla. 2º. Los que van impartiendo sus primeras lecciones a otros menos desarrollados, aún han de vivir por sí mismos la plenitud de esta afirmación que dice que la formación intelectual es totalmente secundaria, y esencialmente, tal y como se entiende hoy, inútil. Cada uno ha de penetrar en esta verdad por sí mismo. Forma parte inicial del gran secreto que hay que ir

desvelando. Todos provenimos de un mundo profano que en el mejor de los casos ha dado una importancia enorme a la formación intelectual, y eso, porque nos diferencia grata y afortunadamente de la muchedumbre inculta, queremos seguir haciéndolo valer en el nuevo mundo del espíritu que queremos reconstituir. Esto es un lastre que hay que quitarse cuanto antes. Usar la instrucción como excusa, como milicia, sí, pero después hay que tirarla a la papelera, junto con todo lo demás. Después ya veremos que no sólo no hemos tirado nada sino que lo hemos transmutado, pero primero hay que renunciar a su valor.

e)...Cuanta razón tienes en tu manifestación de que tengamos cuidado con aquellos que tan poéticamente ofrecen su vida....

Resp: Evidentemente, las almas nobles lo darían todo por sus ideas, pero no siempre se compensa todo dentro de una persona. Hay mucho desequilibrio, y a veces no es ni siquiera una nobleza pura sino un afán de querer mostrarse como el mejor de todos, el más idealista. Ya hemos conocido de todo, y sabemos que el mejor nunca es que quien dice serlo.

Aunque alguien se empeñara en torcer el Camino, lo que está trazado es algo que está más allá de lo político. Si alguien quiere alterar este punto no afectará lo más mínimo a la esencia. Lo que está abajo nunca podrá cambiar lo que viene de arriba. Si hay que tener fe en algo, que sea en eso precisamente.



Camino y Destino

Necesitamos el Camino porque él, en su energía indescifrable, sí puede prescindir del caminante pero éste no puede prescindir del camino. Así nace el auténtico peregrino.

Necesitamos el Camino porque él es la Vía de la Luz.

Necesitamos el Camino porque él es Cielo y Tierra, luz y sombra, noche y día, todo en uno.

Necesitamos el Camino para ser Uno con la naturaleza, las estrellas, el Sol,- la tierra, los bosques, el agua, los animales.

Necesitarnos el Camino porque él es la Voluntad.

Necesitamos el Camino porque él abre las puertas a los fuertes.

Necesitamos el Camino porque en él se encuentran todas las lecciones de la vida.

Necesitamos el Camino porque él nos enseña a avanzar, avanzar, avanzar, siempre hacia adelante, siempre hacia arriba.

Necesitamos el Camino porque en él residen las claves de la Vida Superior y de lo Eterno.

Necesitamos el Camino para afirmarnos.

Necesitamos el Camino para crecer.

Peregrinus nº1

Necesitamos el Camino para ser Nos.

Necesitamos el Camino para superar las miserias, la vulgaridad, la fealdad y la mediocridad de nuestro tiempo.

Necesitamos el Camino porque es la belleza total.

Necesitamos el Camino porque en él está nuestro pasado.

Necesitamos el Camino para reencontrar el silencio. El silencio de donde todo surge, de donde nacen las palabras no habladas, las ideas no buscadas, la fuerza reencontrada.

Necesitamos el Camino para hallar la inspiración.

Necesitamos el Camino para darle un sentido Eterno y Supremo a todo cuanto nos rodea; lo bello y lo feo, lo triste y lo alegre, lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo mísero, lo fuerte y lo débil.

Necesitamos el Camino para hallar la Idea que todo lo explica pero que no es explicable.

Necesitamos el Camino porque nuestro Destino pasa por él.

Jaume G.E.

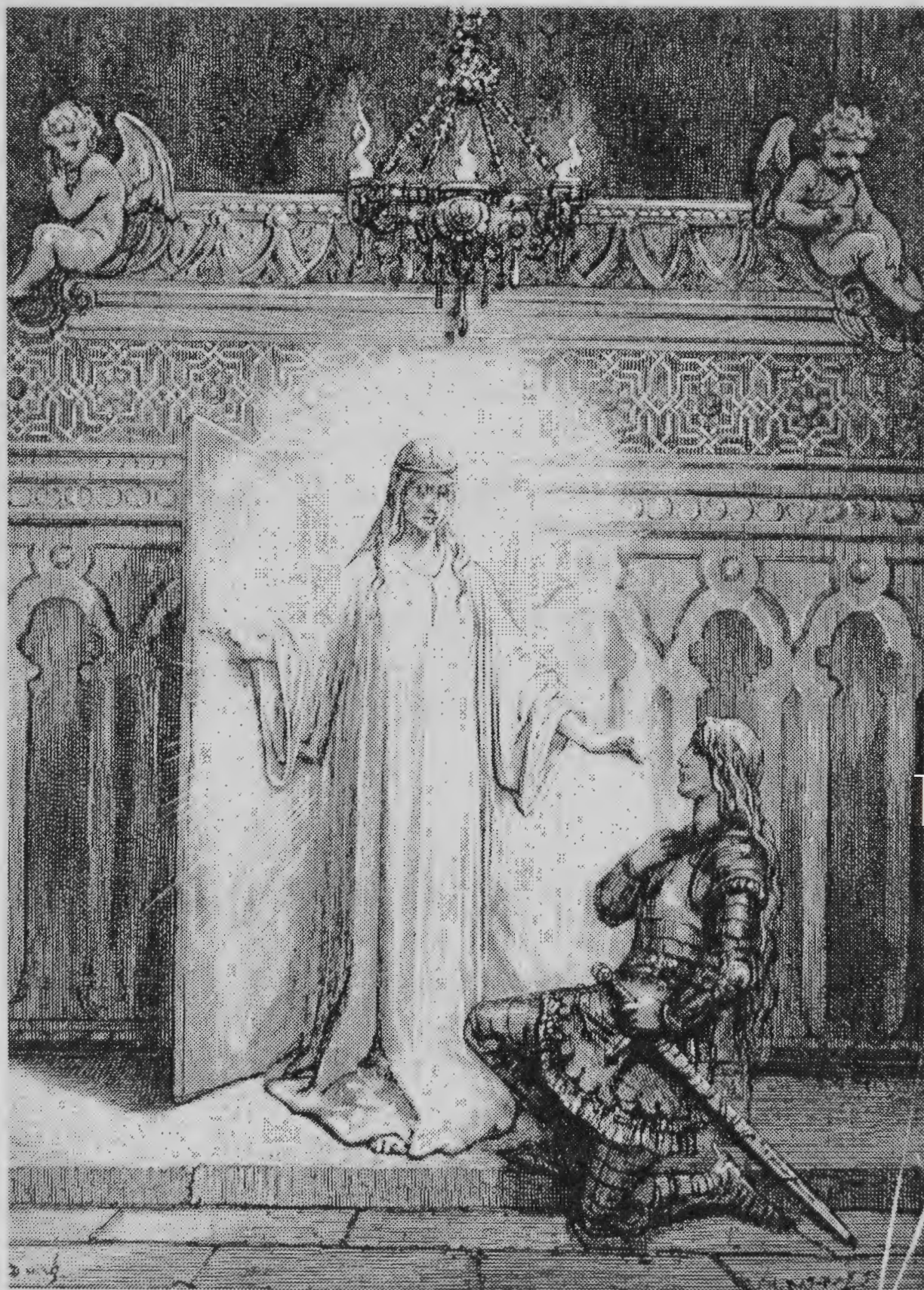
Fraternitas Compostella

Segunda Parte
Temas Centrales

Tradicción y transmisión,
por René Guenón

Significado del camino iniciático,
por Karlfried Dürckheim

La transformación iniciática,
por Julius Evola



Tradición y transmisión

Hemos hecho subrayar más arriba que la palabra «tradición», en su sentido etimológico, sólo expresa la idea de transmisión; aquí no hay, en el fondo, nada que no sea perfectamente normal y en acuerdo con la aplicación que se hace cuando se habla de «tradición» en el sentido que nosotros entendemos, y lo que ya hemos explicado debería bastar para hacerlo comprender fácilmente; por tanto, algunos levantaron una objeción al respecto que nos mostró la necesidad de insistir más, con el fin de que no pueda subsistir ningún equívoco sobre este punto esencial. Y ésta es la objeción: No importa cuál pueda ser el objeto de una transmisión, incluyendo las cosas de orden más profano; entonces, ¿por qué no se puede llamar «tradición» también a todo aquello que es transmitido así, cualquiera que sea su naturaleza, en lugar de restringir la utilización de esta palabra al ámbito que hemos denominado «sagrado»?

Debemos hacer en principio una puntualización importante y que reduce mucho el alcance de esta cuestión: es que, si se vuelve al origen, no habría que hacer esa distinción entre «sagrado» y «profano», puesto que esta distinción no existía entonces. En efecto, como hemos explicado a menudo, no existe propiamente un dominio profano, al cual perteneciese un cierto tipo de cosas por naturaleza intrínseca; sólo hay, en realidad, un punto de vista profano, que sólo es la consecuencia y el producto de una cierta degeneración, resultante del sentido descendente del ciclo humano y de su alejamiento gradual del estado inicial. Pues antes de esta degeneración, o sea, en el estado normal de la humanidad aún no caída, se puede decir que todo tenía verdaderamente un carácter tradicional, porque todo estaba comprendido en su estado esencial, en función de los orígenes y en conformidad con éstos, de tal manera que una actividad

profana, o sea separada de estos principios e ignorándolos, habría sido algo totalmente inconcebible, incluso para lo que respecta a lo que se ha convenido en llamar actualmente la «vía ordinaria», o más bien para lo que podría haberle correspondido entonces, pero que aparecía bajo un aspecto bastante diferente de lo que nuestros contemporáneos pudiesen entender como tal¹, y con más razón por lo que respecta a las ciencias, las artes y los oficios, para los cuales este carácter tradicional se mantuvo integralmente mucho más tarde y se encuentra aún en toda civilización de tipo normal, aunque podría decirse que su concepción profana es, aparte de la excepción que puede haber sido hasta cierto punto la Antigüedad llamada «clásica», exclusivamente propia de la civilización moderna, que no representa, en el fondo, más que el último grado de la degeneración de que acabamos de hablar.

Si ahora consideramos el estado posterior a esta degeneración, podemos preguntarnos por qué la idea de tradición excluye lo que es por otra parte tratado como de orden profano, o sea, lo que no tiene una unión consistente con los principios, para aplicarse sólo a lo que guarda su carácter original, con el aspecto «trascendente» que conlleva. No basta con constatar que el uso lo ha querido, al menos en tanto que no han sido producidas las confusiones y las desviaciones modernas sobre las que hemos llamado la atención en otras ocasiones²; es verdad que el uso modifica frecuentemente el sentido original de las palabras, y que puede añadir o suprimir algo; pero esto mismo, al menos cuando se trata de un uso legítimo, debe tener también su razón de ser, y sobre todo en un caso como aquél, esta razón no puede ser indiferente. Podemos señalar además que este hecho no está limitado sólo a las lenguas que emplean esta palabra latina de «tradición»; en hebreo, la palabra «qabbalah», que tiene el mismo sentido de transmisión, es de igual manera reservada a la designación de la tradición tal y como la entendemos nosotros, e incluso de ordinario, más estrictamente aún, en su parte esotérica

e iniciática, es decir, de lo que hay de más interior y de más elevado en esta tradición, de lo que constituye de alguna manera el espíritu mismo; y esto muestra aún que debe haber algo más importante y más significativo que una simple cuestión de usanza en el sentido que se puede entender cuando se trata sólo de modificaciones cualesquiera del lenguaje corriente.

En primer lugar, hay una indicación que resulta inmediatamente de esto, que, como decimos a veces, a lo que se aplica el nombre de tradición, es lo que en suma, en su fondo mismo, ha sido el origen; se trata pues de algo que ha sido transmitido, podría decirse, desde un estado anterior de la humanidad a su estado presente. Al mismo tiempo, se puede señalar que el carácter «trascendente» de todo lo que es tradicional implica también una transmisión en otro sentido, partiendo de los principios mismos para comunicarse al estado humano; se podría incluso, representando aquí los términos que hemos empleado en otra ocasión³, hablar a la vez de una transmisión «vertical», de lo suprahumano a lo humano, y de una transmisión «horizontal», a través de los estados o los estadios sucesivos de la humanidad; la transmisión vertical es además esencialmente «intemporal», la transmisión horizontal implica sólo una sucesión cronológica. Añadimos aún que la transmisión vertical, que es tal cuando viene de arriba hacia abajo, se convierte, si se le toma al contrario de abajo hacia arriba, en una participación de la humanidad en las realidades del orden principal, «participación» que, en efecto, es precisamente asegurada por la tradición bajo todas sus formas, ya que es así como la humanidad entra en contacto efectivo y consciente con lo que le es superior. La transmisión horizontal, por su parte, si se la considera remontando el curso de los tiempos, deviene en su «Retorno» que se traduce por la presencia de un elemento «no-humano» en todo lo que es propiamente tradicional, se le suma un carácter de «permanencia» que expresa la inmutabilidad de estos mismos

Peregrinus nº 1

principios, y que se comunica de una forma parecida, en todo lo posible, a sus aplicaciones, en cuanto que éstas se refieren a dominios contingentes. Esto no quiere decir que la tradición no sea susceptible de adaptaciones condicionadas por algunas circunstancias; pero, bajo estas modificaciones, la permanencia siempre se mantiene en cuanto a lo esencial; e incluso cuando se trata de contingencias, éstas son de alguna manera sobrepasadas y «transformadas» por el hecho mismo de su unión a los orígenes. Por el contrario, cuando se ve desde el punto de vista profano, que se caracteriza por la ausencia de una tal unión, de manera que sólo puede ser negativo, tenemos la contingencia pura, si se le puede decir así, con todo lo que ella comporta de inestabilidad y de variabilidad incesante, y sin ninguna posibilidad de salir de ello; es de alguna manera el «devenir» reducido a él mismo, y no es difícil darse cuenta de que en efecto las concepciones profanas de toda naturaleza están sometidas a un cambio continuo, no menos que las formas de actuar que proceden del mismo punto de vista, y de lo que la llamada «moda» representa la imagen más sorprendente al respecto. Podemos concluir diciendo que la tradición comprende no sólo todo lo que debe ser transmitido, sino incluso todo lo que puede serlo verdaderamente, aunque el resto, lo que está desprovisto de carácter tradicional y que, por consecuencia, cae en el punto de vista profano, está dominado por el cambio hasta el punto que toda transmisión se convierte enseguida en un «anacronismo» puro y simple, o una «superstición» en el sentido etimológico de la palabra, que no responde a nada real ni válido.

Ahora debemos comprender por qué tradición y transmisión pueden ser consideradas, sin ningún abuso del lenguaje, como casi sinónimos o equivalentes, o por qué, por lo menos, la tradición, bajo cualquier punto de vista que se mire, constituye lo que se podría denominar la transmisión por excelencia. Por otra parte, si esta idea de transmisión es tan esencialmente

inherente al punto de vista tradicional, todo lo que acabamos de decir anteriormente, sobre la necesidad de una transmisión regular para quien pertenece a este orden tradicional, y más particularmente al orden iniciático que es parte no sólo integrante, sino incluso eminente, se encuentra reforzada más tal idea y adquiere incluso una especie de evidencia inmediata que debería, según la más simple lógica, hacer decididamente imposible toda discusión sobre este punto, y sin apelar a consideraciones más profundas, donde además las organizaciones pseudo iniciáticas tienen interés, precisamente porque esta transmisión les hace falta, para mantener el equívoco y la confusión.

Apreciaciones sobre la iniciación, de René Guenón. Capítulo 9.

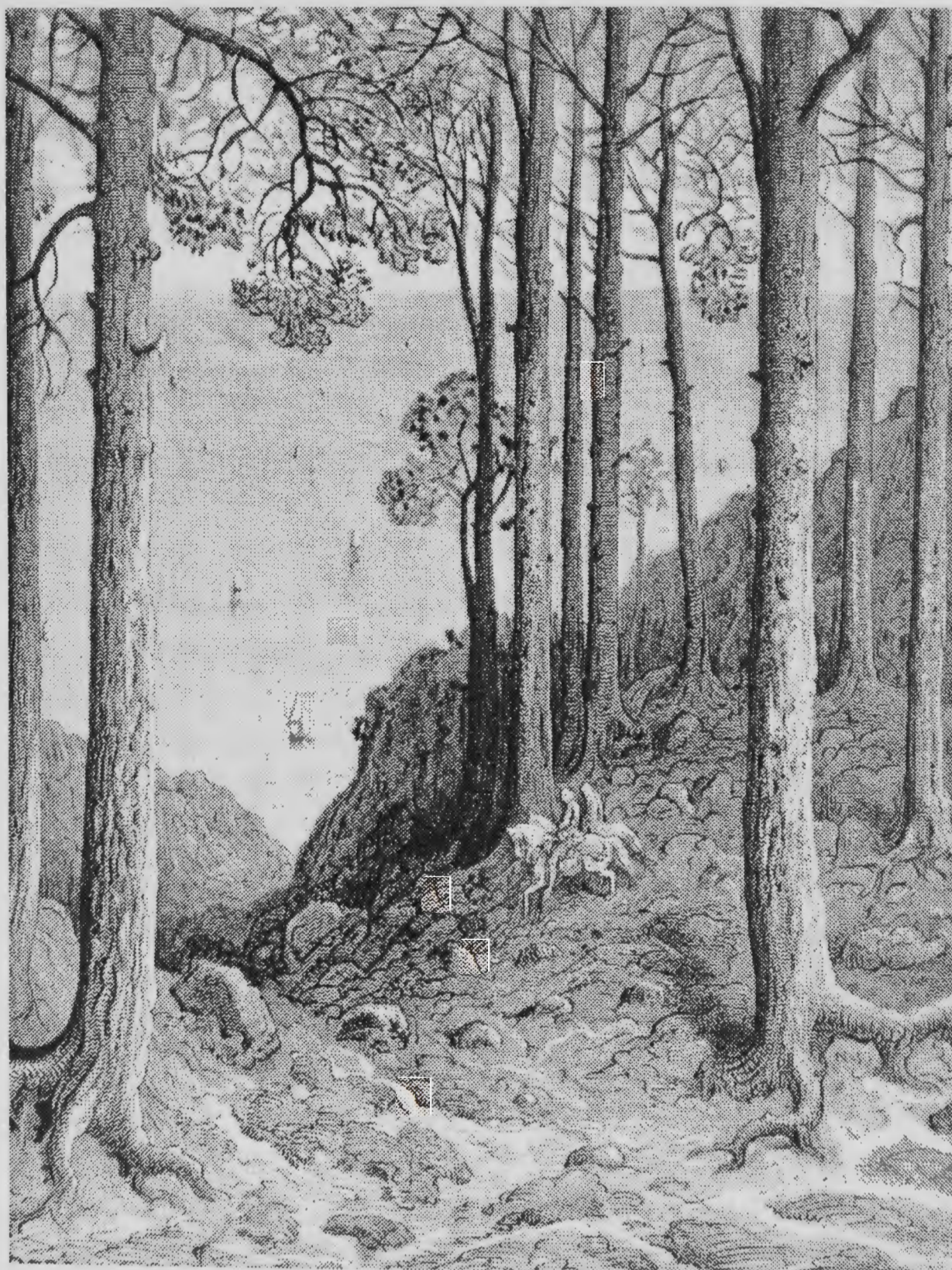
Notas:

1 Ver *El Reino de la Cantidad y los Signos de los tiempos*, cap. XV.

2 Ver *El Reino de la Cantidad y los Signos de los tiempos*, cap. XXXI.

3 Ver *El Simbolismo de la Cruz*.

Las obras mencionadas en estas notas son del presente autor, René Guenón.



Significado del camino iniciático

Introducción

Se ha hablado mucho del Camino Iniciático de Santiago. Quizás se ha hablado de una forma gratuita, no por el hecho de que no lo sea sino por el hecho de que quienes de ello hablan no sepan muy bien de qué se trata. A veces se le da a la palabra «iniciático» un sentido sensacionalista, misterioso, de algo que «vende», algo que atrae en este mundo tan ansioso por lo nuevo y tan desengañado por las formas viejas. Creemos que una aclaración sobre el concepto de Camino Iniciático es imprescindible, y que nadie más que el conde Karlfried Dürckheim lo define de una forma magistral e inteligible incluso para los que no entienden nada de lo esotérico.

Incluir este escrito refleja nuestras auténticas intenciones, lo que perseguimos como Hermandad de Peregrinos, y lo que, dentro de nuestras modestas y limitadísimas posibilidades, queremos ofrecer a los demás peregrinos del Camino de Santiago, único hoy vivo y con posibilidad de ser transformado iniciáticamente en el Interior de cada Peregrino.

Texto del autor

Llamar al maestro es buscar a aquél que lleva al CAMINO. ¿De qué camino se trata? Del camino que abre la puerta del misterio, el camino iniciático. El misterio es el de la VIDA y del SER, que en nuestra existencia están ocultos.

La vía iniciática gravita en torno a la experiencia del SER y al esfuerzo por llegar a la unidad con El. Esto es lo que tiene en común con la mística. Al igual que en la mística, la experiencia del SER es un don de la gracia que el hombre recibe. El no

Peregrinus nº1

puede fabricarla, Pero en el camino iniciático, el alumno está constantemente activo, ocupado, bajo la dirección del maestro, en prepararse para la experiencia. Trabaja sin descanso por alcanzar un grado que le transforme en una persona cuya relación con lo Absoluto no repose en la creencia, sino en la presencia, cada vez más profunda, de la trascendencia que alcanza al hombre total. En el camino iniciático, el hombre intenta hacer realidad otra forma, por lo que hasta sus mínimos movimientos estarán orientados a ser transparente a la trascendencia. La experiencia del SER sigue siendo para él un don de la gracia. No obstante, el alumno que ha emprendido el camino iniciático se esfuerza por adquirir una disposición de espíritu que le mantenga en esa corriente de transformación que es ya testimonio de su unidad con la VIDA.

Al ir avanzando en el camino, el hombre se siente, a pesar de su imperfección, cada vez más ligado a lo divino y marcado con el sello de lo sobrenatural. Esto le hace ser mucho más dolorosamente consciente de lo «no divino» que sigue habiendo en él. Según va progresando en el camino aumenta también su humildad.

En el camino iniciático, el hombre se siente guiado. Está sostenido por una tradición milenaria. Su maestro encarna esta tradición le indica el camino de transformación, caracterizado por el eterno «morir y devenir». El camino iniciático exige este paso, renovado cada vez con la muerte. Hay que derribar siempre las barreras y rasgar el velo que siempre se vuelve a formar. Hay que luchar contra el enemigo para restablecer los lazos con el nuevo reino.

El CAMINO implica que incesantemente se renueve el irse abriendo paso hacia el SER. Gracias al cual, el hombre es capaz de dejar que se derrumben las fachadas que sostienen su yo profano en los papeles que está obligado a jugar en el mundo.

Sólo un sacrificio total de todo lo que está condicionado por

el mundo, permite que se reciban los dones de lo Absoluto. Es natural que el hombre disimule ante los otros sus insuficiencias. Sin embargo, cuando sea capaz de mostrarse a descubierto, desnudo, es cuando, sin obstáculos, aparecerá aquél que realmente él es. Tener el coraje de desnudarse forma parte del CAMINO.

El CAMINO es la luz con que el hombre, aceptando el sufrimiento de su finitud, aviva la llama de infinito que hay en él. Y se reconoce así en la fórmula del devenir de su Ser esencial, empezando a vivir por El.

El CAMINO es el proceso por medio del cual la VIDA que el hombre es por su Ser esencial, desde su origen y a través de todos los tiempos, adquiere en ese Ser una conciencia espacio-temporal y una estructura histórica. El CAMINO es el modo de expresión individual de la VIDA que, grado a grado, va apareciendo en un ser humano en su conciencia, su forma y en su actitud en el Mundo.

El CAMINO es la forma en que la VIDA sale del secreto en que, en el hombre, se halla oculta. El crecer de una conciencia que intenta encerrar lo incondicionado en lo condicionado, recoger lo inconcebible en conceptos, oponiendo una realidad estática a la dinámica de la VIDA, hace inevitable ese secreto. En el centro está el yo inventor, sostén y guardián del orden estable y de construcciones duraderas, sin las cuales el hombre no puede vivir, pero que impiden que la VIDA se manifieste al mundo en su plenitud, en la ley de su metamorfosis y en su unidad.

El CAMINO es el mecanismo que, paso a paso, lleva a su origen al hombre que se ha apartado de él. Le conduce también a la manifestación del SER, encarnado en él.

El fin del CAMINO es un volver a la unidad con el SER sobrenatural del hombre, que el mundo le ha hecho perder. Es la ruta que requiere un maestro y que presupone un alumno; emprenderla exige cierto grado de madurez. Es la ruta merced a la cual el hombre se hace, por fin, apto para cumplir su destino:

dar testimonio del SER divino –al igual que la flor en su lenguaje de flor, el animal a la manera animal, y en el hombre a la manera humana– consciente y libre.

El destino del hombre quiere que primero pierda su camino, creando una conciencia que le haga imaginarse libre e independiente. De este modo traiciona el carácter transformante de la vida al perder el contacto con el SER.

El entrar en la VIA iniciática supone un viraje completo, la gran «revolución». Este entrar impone la decisión definitiva de ponerse al servicio de la trascendencia, lo que implica el sacrificar todo lo que lo impida y el comprometerse a todo lo que pueda favorecerla. Es un comprometerse para la vida y para la muerte. El CAMINO es también obediencia al maestro, por cuanto él personifica la VIDA y, con respecto al alumno, la autoridad única y absoluta. Someterse así es expresar la libertad, que nace de un vínculo total con la trascendencia y que va aumentando cada vez más.

La VIA iniciática comienza al pasar al tercer estadio. En el primero todo está centrado en el ego, en el cuidado de uno mismo, en el gozo asegurado de una vida elemental. En el segundo grado, el centro de interés es el otro -un objeto, una obra, el prójimo, la sociedad- y su fruto es el hombre al servicio ajeno, liberado de su egocentrismo. En este estadio reina la virtud como una fuerza que, por medio del valor, del olvido de uno mismo y del amor, hace superar los obstáculos, tanto interiores como exteriores a fin de «servir» a la existencia de la comunidad. El serle fiel tiene su raíz en el honor y, en la sociedad a la que se pertenece, perder el honor equivale a la muerte. El «OTRO», que está más allá de la «naturaleza» se presenta así bajo el aspecto de un valor absoluto de los principios de orden y de ley que reinan en el mundo.

En el tercer estadio todo gravita en torno al «ser esencial» y a la transformación del hombre a través de su creciente unidad con el SER divino presente en él. Este Camino se abre partiendo

de un contacto con el SER, que se presenta bajo la forma de una apertura de la conciencia a la trascendencia. La VIDA supranatural se manifiesta en esta etapa, no ya solamente por el derecho a vivir y por el deber de servir en el mundo, sino como una promesa y una llamada a la fusión con lo Divino, que llega a ser el sentido de este servicio.

Cuando el hombre emprende el Camino iniciático, reconoce que se ha desviado de su origen eterno e inicia de nuevo la búsqueda de la unión con el SER. Este es el camino en el que el hombre, hasta entonces inconsciente de su calidad de expresión del SER, descubre la posibilidad y encuentra la fuerza para manifestarle. Este camino supone un cambio total, una muerte y un renacimiento.

Hay dos fases de evolución en el Camino. El hombre accede a la primera paso a paso, por medio de un constante abandono del pasado y una perseverante acogida a lo nuevo, con una actitud que le permite ser transparente a su Ser esencial y a la Ley de transformación. Esta transparencia es la condición de pureza que requiere todo testimonio del SER. Este primer grado es el camino que lleva al CAMINO. En el segundo grado, el hombre ha logrado ya la transparencia, la forma transparente y la transparencia que es forma, y él mismo se ha hecho CAMINO.

El CAMINO, en el sentido iniciático, es la forma en que la VIDA, tras haber sido perdida por el hombre, se va reafirmando poco a poco, en una serie de etapas y grados y por la realización de formas en continua renovación. Para ello es preciso que una experiencia particular le haga tomar conciencia de su Ser esencial y de su destino. Es necesario, por último, que esté dispuesto a sacrificar todo lo demás para realizar su destino.

El Camino, que se va haciendo paso a paso, escalón a escalón, es una metamorfosis cuyo fin es la manifestación inalterada del SER en su forma humana. Y se va cumpliendo mediante un largo proceso de contacto consciente y de unión con lo no

Peregrinus nº1

advenido, que supone y favorece un abandono incesantemente renovado de lo devenido. «Devenir UNO» no sólo expresa la posibilidad de una manifestación síquica y espiritual de la trascendencia. Es también la obligación de encarnarla físicamente, en una forma espacio-temporal.

En el CAMINO, la eterna revolución Yin-Yang se presenta constantemente a la conciencia, siendo acogida por la voluntad. El hombre aprende a dejar toda forma ya hecha para admitir una forma nueva. El camino parece duro hasta que la oposición de Yin y Yang alcance un ritmo de polaridades, en el que el Tao se viva libremente.

Las etapas del CAMINO iniciático no son ni producto de la imaginación, ni el resultado de una reflexión racional. Son la realización de una ley de transformación, inherente al hombre que, llegado a un cierto grado de evolución, hace posible y necesaria su actualización consciente. El CAMINO es la vida bajo forma humana, que alcanza el pleno desarrollo en su verdad. Las palabras de Cristo: «Yo soy el CAMINO, la VERDAD y la VIDA» -sea cual fuere el sentido que le daba Cristo al decirlo de sí mismo- es el Verbo que habita en todo ser vivo. El Ser esencial del hombre no es una imagen interior, sino un Camino interior. Camino que, innato en él, es la sucesión de etapas por las que tiene que pasar para responder a su destino y lograr, según va madurando, tal disposición de espíritu que ya nada detenga su transformación hacia una siempre mayor transparencia. Entonces está en el CAMINO, o mejor aún: él mismo se ha hecho CAMINO.

El camino del CAMINO comienza en un umbral que sólo se puede traspasar dando un salto a otro nivel. Se llega a él cuando, si se continuara la ruta seguida hasta ese momento y si se mantuviera la misma forma de vida, llegaría a suponer la muerte por rigidez total o por completa disolución. Se traspasa el umbral cuando, al estar próxima la muerte, se provoca el anhelo del Ser

esencial. Y es entonces cuando, para salir de esa situación insalvable, se hace inevitable dar el salto.

El emprender el CAMINO presupone un abrir el paso a la trascendencia en el orden natural de la existencia. El hombre accede al Camino sólo cuando esta apertura la experimenta como tal, sintiendo su promesa y aceptando la obligación que ella implica.

De muy diversas maneras es conducido el hombre al camino que lleva al Camino. Siempre que fracase al ir hacia el fin elegido, este fracaso lleva consigo una advertencia y una pregunta: «¿no me habré equivocado totalmente de ruta?». Los fracasos en el mundo son signos del maestro interior. Con ellos nos recuerda que hay que pensar en lo esencial: buscar el contacto con lo sobrenatural .

El CAMINO es la manera con que la VIDA toma conscientemente forma en el hombre. No se puede hablar de CAMINO hasta haber alcanzado un grado de conciencia situado más allá de las fronteras de la conciencia racional todopoderosa. En el estadio pre-racional, inconscientemente, la VIDA toma la forma apropiada. Sin ningún esfuerzo por su parte, el hombre crece «biológicamente» por la fuerza, el orden y la unidad de la VIDA. Al nivel en que reina la razón, él mismo trabaja, metódicamente, para estructurar su vida y poder darle un sentido. Domina la naturaleza y forma su universo creando obras eficaces y sistemas sólidos. Aporta su colaboración a los valores intelectuales y contribuye a la armonía de la vida en sociedad. Para abordar el tercer estadio, es preciso que su visión de la realidad sobrepase el horizonte de la razón objetiva. Tiene que ser capaz de sacrificar al SER y a la constante transformación que éste exige, no sólo la independencia del yo egoísta, sino también el apego al mundo con una abnegación altruista. El SER se convierte así en el centro del interés que da sentido al Camino. El hombre está en el camino del verdadero Sí, testigo potencial

del SER divino. A partir de ese momento, todo cuanto haga en servicio del mundo será para él una ocasión de trabajar por manifestar al UNO.

En tanto que el hombre no sea presa del propio SER, intentará llenar su existencia creando formas que tengan valor en su Universo. Aquellas realizaciones más o menos perfectas en las que participa, le satisfacen al dar a los principios lógicos, estéticos o éticos, formas que parecen inmortales. En medio de las dificultades y de los azares de su existencia histórica, encuentra en ella alegría, sentido y apoyo. Sin embargo, esta aptitud para participar, el espíritu «objetivo» y la ilusión de poder oponer a la impermanencia de su vida algo que sea duradero, es justamente lo que le hace correr el riesgo de inmovilizarse. Cuanto más su desasosiego interior le lleve a huirse y a buscar su clima en un ámbito de organizaciones objetivas, aparentemente válidas, más difícil le será encontrar otra vez la verdadera Vía de transformación que lleva a la madurez.

En efecto, en la conciencia objetiva humana, lo infinito más allá del tiempo y del espacio, se transforma en una finitud indefinidamente prolongada, y el SER, absolutamente inaccesible para el tiempo, está representado como de duración eterna. El espíritu que forma estos criterios trabaja contra la Vida. Cuando este principio toma también posesión del hombre interior, hace de él un adversario de la Vida inmovilizado en la forma tomada. Pero este estado puede finalmente traer la curación, ya que el sufrimiento que este inmovilismo ocasiona al Ser esencial, hace que salga a la luz del día la verdad que vive. El espacio petrificado del mundo objetual se convierte de esta manera en el origen doloroso que permite percibir el verdadero deber del sujeto. El cementerio de la Vida deviene un campo en que la VIDA, que se ha hecho consciente, vuelve a florecer.

El Camino iniciático comienza con una revolución copernicana en la forma de concebir la vida: a través de la

experiencia del SER, el hombre se da cuenta que él y su mundo no son el centro en torno al cual gira el universo. Ambos gravitan en torno a otro centro y, en lo sucesivo, deben hacerlo conscientemente. Pero esta toma de conciencia será el primer paso en el Camino sólo si esta experiencia trastocante toma en su vida el carácter de núcleo esencial, compromiso del corazón, pero también práctica y resolución de sacrificio. El hombre entra en el camino cuando considera al SER divino, no sólo como una creencia y una visión del mundo nuevas, sino como el centro que ya había sentido en lo más íntimo de sí mismo, aceptándolo con su voluntad. Y es entonces -cuando ese yo, aferrado a las obligaciones del mundo, que sobrevive tenazmente en su egocentrismo, en el miedo a sufrir, y en sus vacías satisfacciones, aparecerá ante él como un padecimiento, un peligro y una infidelidad a lo UNO.

En el CAMINO no hay ningún fin a alcanzar. El propio Camino es ese fin. Y si, al principio, el hombre se imagina que llegará un día a alguna parte, al ir avanzando termina por comprender que, si no detiene su progresar, llegará a encontrarse en el movimiento absoluto de constante transformación. Al entrar en el movimiento eterno, una profunda paz se adueña de él. La noción de un fin al que se pueda llegar pertenece al mundo objetivo de un yo definidor. Vencer este dominio, es decir, renunciar a él, es el primer deber en el Camino.

Hay dos tipos de silencio: el silencio de la muerte, en que ya nada se mueve y el silencio de la Vida, en que ya nada detiene el movimiento de transformación.

El CAMINO está al servicio de la unión con la Vida divina para dar testimonio de ella en el mundo histórico. Y toma tres vías paralelas: el constante desarrollo de aquel órgano, merced al cual el hombre va haciéndose cada vez más apto para experimentar y respetar la trascendencia que mora en él y en todo cuanto hay en el mundo; el discernimiento de las condiciones

que favorecen o se oponen a la unión con la trascendencia; el ejercicio, es decir, la práctica que destruye los obstáculos para esa unión y que desarrolla aquello que la hace posible. En la llamada al maestro está inconscientemente contenido el deseo de ser ayudado y el de progresar en estos tres aspectos.

El fin de todo ejercicio en el CAMINO es la gran transparencia, aquella que hace que el hombre sea capaz de percibir el Ser esencial, presente en él haciendo posible que se manifieste en él y en el mundo.

Cualquiera que sea el nombre con el que se designe el verdadero centro en torno al cual todo gravita, al que hay que referirlo todo y punto de partida de todas las cosas, la realidad es que no se le puede nombrar de ningún modo. Pero se percibiría siempre como un «Tú», exigente y liberador, que es medida, dirección y forma. Aunque se le dé el nombre de Dios, VIDA, SER divino, Buda, Cristo o Espíritu Santo, aunque con estos nombres tenga, o no un lugar determinado en la teología, aunque haya tomado en la historia o en las imágenes rasgos humanos: como centro del Camino está más allá de las palabras, de la historia y de las imágenes. Por medio de una experiencia sin imagen ni palabra, engendra fuerza, sentido y protección.

El acaecimiento que supone la experiencia del SER, pero también su más ligero contacto, poseen una calidad particular, la calidad de un clima numinoso que nos invade. Está ligado al impulso de una fuerza especial que nos ocupa, nos empuja y, al mismo tiempo, nos alza por encima de nosotros mismos, estableciéndonos interiormente en ella. Al igual que todo lo que nos hace reconocer lo «santo» o lo «sagrado», esta calidad numinosa es siempre el signo de una presencia, que se hace consciente, del OTRO. No es en modo alguno el superlativo de la dicha o de la angustia que ya conocemos. En lo numinoso, algo supranatural nos toca, es lo insondable que nos acompaña siempre, que nos hace avanzar y nos detiene, que nos llama fuera

de nosotros mismos y nos trae a nosotros, que nos hace dudar, y nos tranquiliza, que nos destruye y después nos engendra de nuevo. De ahí esa mezcla de «facinosum y de tremendum» inherente a lo numinoso, cuyo fin es siempre el mismo: hacer que lleguemos a ser de tal forma que la VIDA, en nosotros y a través de nosotros, pueda manifestarse en el mundo de un modo cada vez más puro y libre. Por el contacto con lo numinoso entra en juego el Maestro eterno que nos llama al CAMINO y nos mantiene en él. Desde lo más profundo de nuestro Ser esencial así lo queremos. Nuestra llamada para ir a él es la del maestro, recibida primero con nuestra nostalgia y luego con nuestra voluntad. La llamada del maestro es la de nuestro Ser esencial.

Lo numinoso es también la calidad fundamental de toda experiencia religiosa. Hay, no obstante, una diferencia entre la experiencia que confirma la fe, que penetra en ella haciendo que fructifique, y la experiencia que expresa el ser conforme al Ser esencial y al Camino, convirtiéndose en el aguijón de un esfuerzo personal hacia la transformación en el sentido del SER.

El CAMINO en el que el hombre busca la gran transparencia, oculta la suma de toda una vida reprimida que aspira a manifestarse: la sombra. Se la reconoce por los «malos» impulsos, ya que para manifestarse tiende a destruir. Hay dos modos de dominar esas fuerzas negativas, poniéndolas al servicio de la transformación. El primero es psicológico. Se trata de buscar las raíces de la represión, descubrirlas y emplear útilmente las energías liberadas. El otro medio para acabar con el «mal» es la «ascesis». En una adhesión absoluta a Dios, el hombre le sacrifica, con sincera humildad, sus insaciabiles apetitos personales. Para que ese sacrificio sea auténtico, es preciso que el propio yo sea inmolado. Es un acto de conversión total que, libremente, por amor a Dios, conquista la nueva vida aceptando la muerte. Sin disciplina no se puede avanzar en el CAMINO. Descubrir la sombra y la posibilidad de su metamorfosis no quitan sentido a

Peregrinus nº 1

lo que en otros tiempos se buscaba en el ayuno y en la oración, en la renuncia y en la abnegación de uno mismo. Los dioses quieren una virtud ganada por el hombre con el sudor de su frente, y su transformación por medio del sacrificio y la muerte. Por sí sola la psicología de lo profundo no alcanza totalmente la purificación ni la liberación.

El camino iniciático no es lineal; es una espiral, a la vez centrípeta y centrífuga. Es un movimiento de la periferia hacia el centro y del centro a la periferia. Los más lejanos horizontes de la superficie van hacia el centro, a la profundidad interior y luego, fuera de ésta, de nuevo hacia la periferia.

Nosotros nos sentimos siempre atraídos por el centro, pulsados y llamados por él, y al mismo tiempo devueltos, reenviados a lo lejano. La respiración del Todo del que formamos parte, se refleja por medio de este movimiento en nuestra singularidad Única. Devenimos lo que somos, en nuestro Ser esencial, por esa inspiración y esa espiración, por la alternancia que nos lanza más allá de nosotros mismos, y luego nos trae de nuevo a nuestro centro.

Percibimos nuestro centro por su relación viva con todo lo que nos rodea. Lo sentimos como el centro original y como el propio sentido de nuestro universo y de nuestros paisajes internos. Y no son otra cosa sino el reflejo finito de nuestro Ser esencial que tiende a manifestarse en el tiempo y en el espacio. Esta periferia de nuestra existencia no es solamente el espacio del pleno desarrollo y la forma de manifestación de nuestro núcleo; supone también su inevitable peligro, al igual que la existencia de nuestro núcleo es el beneficioso riesgo de la periferia. El núcleo puede perderse en la periferia y ésta puede temerle como a un callejón sin salida. Centro y periferia viven de sus peligros alternativos. Lo que crea su fuerza viva es no permitir que nada detenga ni inmovilice su movimiento de oscilación.

En el reino del centro de los dos polos no se da un crecimiento

constante, y el camino ahí no es igual. Comienza con una situación de choque y son innumerables las trampas, las barreras, las grietas que hay que franquear. El hombre vuelve siempre a pasar del Otro a la forma de vida de su yo natural y cada vez es un derrocamiento, un salto peligroso lo que le devuelve al reino del centro. Hace falta un hombre distinto al del mundo. Esa es la razón por la que el universo se hace totalmente diferente cuando el SER se alza en nosotros. Porque el hombre deviene alguien distinto: en adelante ve, busca, ama de otro modo y, consecuentemente, otra «cosa».

El salto a otra dimensión supone un abandono, una renuncia y, muchas veces, hasta el destruir aquello que nos liga al mundo. Vivimos después gracias a una fuerza diferente, en una estructura con otro significado y con un amor distinto. En este mundo el amor es sinónimo del vínculo que nos hace ser uno con el amado, al que no podemos abandonar. El amor en el reino del centro es la experiencia de la unidad y de la fusión en el Ser esencial, así como de la libertad en lo contingente donde ya nada nos retiene. Aquél que ha llegado al camino del CAMINO puede, sin duda, vivir y actuar todavía en sus antiguas ataduras: de hecho está ya liberado de ellas. Para él ya no determinan ni criterios, ni dirección, y sin vacilar, las abandona cuando se convierten para él en un obstáculo en el camino que lleva al CAMINO.

El CAMINO, del que en definitiva se trata, no es una vía por la que el hombre avanza, sino por la que «es avanzado». No es él quien entra en el CAMINO, es el CAMINO el que, un buen día, triunfa en él. El camino que lleva al CAMINO exige del hombre trabajo y esfuerzo. Cuando se llega al CAMINO, éste se adueña de él haciéndole avanzar sólo con su consentimiento, es decir, con su disponibilidad para dejar que el camino se haga en él.

Mantenerse en el CAMINO no le pide al hombre ningún otro esfuerzo que el de resistir a la tentación de querer determinar él mismo su propia dirección, aunque incluso sea el cielo lo que

se presente como fin. Si el hombre decide por sí mismo el Camino, si se esfuerza por determinar su dirección, es que ya lo ha perdido. A medida que va progresando, todo lo que tiene que hacer es mantenerse vigilante, escuchar, obedecer e impedir que su yo — aunque sea un yo bien intencionado— intervenga en la búsqueda de su salvación.

El CAMINO que avanza en nosotros es el Maestro eterno como Camino. De hecho, El es el «Sí» innato en nosotros, el Todo original, siendo a la vez la tarea que nos es dado realizar. Siempre que le fallamos u ofendemos, él protesta y se rehace mediante un proceso de marcha hacia adelante que se reanuda constantemente. Es el maestro al que nosotros llamamos y que, incesantemente nos llama. Nuestra llamada al maestro es el eco de la eterna llamada del maestro eterno. Y sólo después de haberla oído le podemos nosotros llamar.

Desde el momento en que el CAMINO nos gana, ya no hay altos, ni ataduras, ni aceptación de ataduras. Y, sin embargo, allí donde el hombre se siente «bien», tiene siempre la tentación de pararse. No está, pues, nunca eximido de la responsabilidad que le mantiene en movimiento. Siempre sigue estando llamado a hacer conscientemente el CAMINO. Su libertad es el poder decir sí o no a lo que le invita: bien a un movimiento que viene del CAMINO y que exige una nueva transformación, o la tendencia que procede del yo y que le dirige a un estado de seguridad.

Si el hombre toma en serio el CAMINO, debe aprender a desprenderse, a desprenderse cada vez más,. Y así llega a «nada». Pero este nada sólo es un vacío justo si representa la puerta de la plenitud, y si el abandonar las viejas formas abre el camino a las nuevas.

Es preciso que lo que ha llegado a ser, ceda el lugar para dejar que aparezca lo no llegado a ser, que lo múltiple enmudezca para permitir que se escuche la voz de la plenitud. Del hombre depende que ese vacío, en el que puede nacer lo nuevo, no se

convierta en un remolino que lo traga todo, sino que siga siendo un suelo nutricional en el que pueda florecer lo nuevo.

Un pajarillo se ha posado en una rama seca que avanza en el vacío (motivo que ha inspirado a los pintores de todos los países y de todos los tiempos). Así es como el pájaro hace hablar al vacío -y el vacío al pájaro.

Lo infinito se despierta en el hombre a través de lo finito, que es su opuesto. Y lo finito descubre lo infinito, que contradice, su propio Ser esencial.

La VIDA engendra la plenitud de las formas en la singularidad y realización propias de cada una (Yang), para luego volverlas a llevar al seno del gran UNO (Yin). Lo enemigo de la Vida destruye ésta al bloquear el movimiento: en la forma ya hecha -y es la muerte por petrificación; o por la absorción de la forma en el Todo -que es la disolución. El maestro habla el lenguaje del Todo viviente, que se vive en la polaridad del movimiento sin admitir el pararse. El maestro hace una llamada a la forma a la que se ha llegado, para retornar a la profundidad original y de ésta a un nacer de nuevo. Esta alternancia forma el tejido de lo vivo.

Un gran momento en la vida es aquél en que le es dado al hombre el comprender de repente que todo lo que se mueve, en él y a su alrededor, representa el esfuerzo poderoso del SER por manifestarse en el espacio y el tiempo. Quizás reconozca entonces, con angustia, cómo en su mundo humano, él obstaculiza el impulso del SER por manifestarse; una experiencia de este orden puede dar ocasión a ese gran cambio que hace del hombre un servidor del SER.

Merced al peligro que la VIDA corre de no poder tomar forma, ésta deviene consciente de sí misma en el «ser de conciencia hombre». Los fracasos del hombre hacen que éste descubra el Todo al que la vida le destina: lo profundo cuando corre el riesgo de zozobrar; sus límites cuando los rebasa; lo posible al buscar lo imposible. Cuando el maestro eterno toma

posesión del hombre a través del CAMINO, le hace dejar toda posición adquirida. Al llegar a un límite, tiene que sobrepasarlo. Este salto comprende a la vez la destrucción total y una nueva vida.

Avanzar en el camino que lleva al CAMINO es perder y recobrar perpetuamente el Todo, percibiendo y aceptando los opuestos que éste encierra: cielo y tierra, forma y no-forma, conciencia e inconsciencia, masculino y femenino, etc. En una alternancia ininterrumpida, los opuestos se separan y se vuelven a juntar en la conciencia humana, luchan entre sí y se vuelven a unir en un Todo perpetuamente nuevo. Cuanto más siente el hombre el peligro, lo discierne con precisión y, a veces, lo acepta, más vivo y conforme con el SER será todo ese interior nacido de una nueva fusión. Y también reflejará más la VIDA en su espíritu siempre creador y liberador. El maestro interior no admite ni el pararse ni ningún alto, en un descanso armonioso y sin tropiezos. El maestro interior zarandea a aquél que comienza a instalarse obligándole a emprender de nuevo el camino.

Karlfried Dürckheim, de su obra *El Maestro interior*.

Reflexión

Hasta aquí el texto de Dürckheim.

Creemos que conseguimos nuestro objetivo de clarificar la idea de iniciático, y más concretamente de Camino iniciático. Quien haya leído esto ya algo en su interior haya resonado, reflejado al menos una mínima inquietud, será propenso a entender cuál es nuestro propósito con esta tarea que nos hemos esforzado en reflejar hacia el exterior. No nos cansaremos de repetir que no nos mueve ningún ánimo proselitista. Tendremos mucho cuidado de ello. Además, par los pocos que somos, ya nos creemos demasiados, porque, la verdad sea dicha, existe en

este mundo mucha ansia de «autenticidad», de «algo realmente nuevo». Nosotros sólo pretendemos compartir una experiencia en la medida en que cada uno pueda transmitirla a los demás sin recibir nada a cambio, que no sea la única compensación de reconocerse a sí mismo en el otro.



La transformación Iniciática. Realidad de la Palingenesia

Palingenesia es una palabra compuesta griega que puede significar regeneración o resurrección. Tanto nos vale lo uno como lo otro, pero insistiendo siempre en los términos más claros sobre su carácter de realidad. Debemos considerar que la muerte iniciática y el tercer nacimiento son cosas reales, como también lo sería el recorrido negro-verde-blanco de los textos alquímicos.

Así, estaría muy lejos de comprender la esencia de la denominada *Ars Regia*¹ quien, confundido por la analogía de expresiones místicas y religiosas más o menos idénticas, como muerte y resurrección, renacimiento, mortificación, etc. creyera que la palingenesia del hermetismo y otras corrientes esotéricas se reduce a algo de carácter moral, vagamente espiritualista o acaso místico. Y de hecho, casi todo el mundo, atraído por tales expresiones, tiende a situarse en un punto de vista semejante. Sin embargo, desde el principio, el mismo hecho de que la doctrina hermética se haya disfrazado siempre con obstinación, incluso en una época en que hablar de palingenesia no constituía una herejía castigable, indica que en realidad se trataba de algo muy diferente. Era algo que, por sí mismo, exigía esa ley del silencio observada ya rigurosamente desde los Misterios paganos.

Basta nuestra afirmación del origen de la Tradición Hermética en una rama «regia» y «heroica» del tronco primordial para comprender sin reservas su ocultamiento. Pero es que hay además otro argumento que podríamos sintetizar en la máxima siguiente: «El Sabio no debe turbar, con su Sabiduría, la mente de los ignorantes»; máxima que debió de observarse más rigurosamente aún en un período en el cual el número de «ignorantes» había llegado a ser casi la totalidad.

Para explicarnos, nos referiremos a una enseñanza tradicional fundamental ya citada: la concerniente a las *dos naturalezas*.

Existe la naturaleza de los inmortales y la naturaleza de los mortales; la región superior de «lo que es» y la región inferior del «devenir». La idea de que ambas ramas pudieron haber sido en el origen una misma cosa (según el pensamiento de Hesíodo, para el cual «uno es el linaje de los dioses, uno el de los hombres, ambos procedentes de una sola madre») y de que la dualidad proceda de una caída de los unos, o de la ascensión de los otros (según la concepción hermético heraclítea del dios como «hombre inmortal» y del hombre como «dios mortal»), no excluía que la diferenciación existiera de hecho, y que las naturalezas fueran efectivamente *dos*.

Se consideraba posible el paso de una a otra, pero sólo a título excepcional y condicionado a una transformación esencial efectiva, positiva, de un modo de ser a otro modo de ser. Dicha transformación se conseguía por medio de la *iniciación*, en el sentido más restringido del término. Mediante la iniciación algunos hombres escapaban de una naturaleza y alcanzaban la otra, dejando así de ser hombres. Su aparición, en otra forma de existencia, constituía en el plano de ésta, un acontecimiento rigurosamente equivalente al de la generación y el nacimiento físico.

Así pues, aquellos hombres renacían, eran re generados: así como el nacimiento físico implica la pérdida de la conciencia del estado superior, así la muerte significa la pérdida de la conciencia del inferior. De ahí que, en la medida en que se pierde toda conciencia del estado superior (o sea, y según los términos que ya conocemos, en la medida en que sobreviene la «identificación», el ensimismamiento), en esa misma medida la pérdida de la conciencia del estado inferior (la humana), provocada por la muerte y por la desintegración del sostén de tal conciencia (del cuerpo), equivale a la pérdida de *toda* conciencia en sentido personal. Al sueño eterno, a la existencia larval del Hades, a la disolución pensada como destino de todos aquellos para quienes

esta vida y sus formas constituyen el principio y el fin; a todo ello, no escaparán sino aquellos que ya en vida supieron orientar su conciencia hacia el mundo superior. Los Iniciados, los Adeptos, se hallan al final de ese camino. Conseguido el «recuerdo», según la expresión de Plutarco, se hacen libres, se desligan de sus ataduras, y, coronados, celebran los «misterios» y contemplan cómo, sobre la tierra, la masa de los que no son iniciados ni son «puros» se hunden y perecen en el fango y en las tinieblas. Según el *Corpus Hermeticum*, el hombre tiene la esperanza de inmortalidad; ya hemos dicho que no todas las almas humanas son inmortales, sino sólo aquellas que se convierten en *daimons* (X, 7, 19). Lo decisivo, en este caso, es su grado de identificación con ellos. Pitágoras, al parecer, según dice Hipólito, admitía que el alma en algunos casos puede hacerse mortal, cuando se deja dominar por las Erinias, es decir, por las pasiones, y hacerse de nuevo inmortal cuando se libera de las mismas.

En realidad, la enseñanza tradicional ha subrayado siempre la diferencia existente entre supervivencia e inmortalidad. Pueden concebirse varias formas de supervivencia, más o menos contingentes, de supervivencia por tal o cual principio o complejo del ser humano. Pero eso no tiene nada que ver con la inmortalidad, la cual sólo puede pensarse como inmortalidad «olímpica», un «convertirse en dios». Tal concepción permaneció en Occidente hasta la Antigüedad helénica. Precisamente de la doctrina de las *dos naturalezas* procedía el conocimiento del destino de una muerte, o de una supervivencia larval y precaria para unos, y de una inmortalidad condicionada (condicionada por la iniciación) para otros.

La vulgarización y la abusiva generalización de la verdad válida exclusivamente para los iniciados (vulgarización que se inició en algunas formas degeneradas del orfismo y que luego tuvo amplio desarrollo) fueron las que dieron nacimiento a la idea de la «inmortalidad del alma», la misma para todas las almas y libre de

todo condicionamiento. Desde ese momento hasta hoy, esa ilusión se ha perpetuado en las diversas formas del pensamiento religioso y «espiritual»: el alma de un mortal es inmortal; la inmortalidad es una *certeza*, no una posibilidad problemática. Por lo que se refiere al cristianismo, esto representó en sus orígenes un aspecto de doctrina trágica de la salvación; es la idea, llevada luego a su clímax por Lucero y Calcino, de que el hombre terrenal se halla en una encrucijada entre la salvación eterna y la condenación eterna.

Una vez establecido el equívoco, pervertida la verdad en tal sentido, la iniciación no podía presentarse ya como necesaria: desde ese momento dejaba de ser admisible su valor de operación real y efectiva. Se olvidó paulatinamente toda posibilidad verdaderamente trascendente, y cuando se hablaba ya de «renacimiento», su sentido se agotaba como mucho en un hecho sentimental, en un significado moral y religioso, en un estado más o menos indeterminado y «místico».

Desde entonces hubiera sido inútil tratar de hacer comprender, durante los siglos dominados por tal error, que era posible *algo diferente*; que aquello que algunos consideraban como una conquista segura y otros como una esperanza gratuita es un privilegio, ligado a un arte secreto y sagrado; y habría sido inútil querer hacer entender que, del mismo modo que en el mundo de los determinismos de la materia y de la energía, también en las operaciones de este arte, la moral, la fe y las devociones y todo lo demás son elementos ineficaces respecto a la caducidad humana («como los dioses hay que ser, no como los hombres de bien: no de hallarse exento de pecado, sino de convertirse en dios se trata», había dicho ya Plotino);² o declarar la relatividad de todo aquello que es especulación y moral humana para revelar el punto de vista de la *realidad* en su trascendencia respecto a toda construcción mortal;³ hablar de Dios como de un símbolo para *el otro* estado de conciencia; de la espera del Mesías como de

la *melior spes* alimentada por quien buscaba la iniciación; o hablar de la «resurrección de la carne» como de otro símbolo para la regeneración en los principios mismos del organismo que puede realizarse ya en vida...

¿Y cómo hubiera sido posible evitar el más triste de los equívocos utilizando las mismas palabras y los mismos símbolos primordiales? Mucho mejor era hablar de Mercurio y de Azufre, de metales y de cosas desconcertantes y de operaciones imposibles, óptimas para atraer la atención ávida y la curiosidad de aquellos «sopladores» y de aquellos «quemadores de carbón» de los que luego habría de nacer la química moderna, e inmejorable igualmente para no dejar sospechar a los demás que, tras las raras y enigmáticas alusiones, se trataba, en esencia, de un simbolismo metalúrgico referido a cosas del espíritu, para hacer creer, por el contrario (como todavía hoy creen los espíritus positivos que hacen la historia de la ciencia), que se trataba una alegoría mística referida a cosas metalúrgicas y realizaciones de una ciencia natural y profana por oposición al terreno sobrenatural de la fe y del dogma.

Por lo que toca a lo que íbamos diciendo, sobre esta base se comprende la oportunidad de la ocultación, hasta el punto de deplorar que ésta no haya sido tan completa como para impedir en nuestros días determinadas interpretaciones «espiritualistas» de la alquimia, que, al no sustraerla a la incomprensión inofensiva de los historiadores de la ciencia, sino para llevarla al plano místico moralista e incluso al psicoanalista, no han hecho más que salir de la sartén para caer en las brasas. Esto último es lo que ha hecho de manera sistemática el doctor Jung en su obra *Psicología y Alquimia* basándose en expresiones equívocas como inconsciente, proyecciones del inconsciente y otras por el estilo.

Por el contrario (y quizá cuanto hemos dicho ya a propósito de las facultades o metales «vulgares» lo haya hecho presagiar), quizá quien desde una actitud positivista considere que toda

facultad psíquica y espiritual se halla condicionada y determinada por factores empíricos (orgánicos, de herencia, ambientales, etc.) y quien desde el nihilismo nietzscheano haya llegado a la idea de la relatividad de todos los valores y a la gran renuncia, a la «renuncia a creer», es quien se encuentra mejor situado hoy para comprender el alcance efectivo del trabajo hermético e iniciático.

Aquí el «renacimiento» no es un sentimiento o una alegoría, sino un hecho concreto que no podrá comprender quien no haya pasado a través del Misterio. Su verdadero sentido —como señala justamente Macchioro⁴— se lo podría vislumbrar, acaso hoy, abandonando las concepciones espiritualistas religiosas y acudiendo a lo que queda en los pueblos primitivos, como residuos en degeneración de una enseñanza superior primordial. «Para ellos —escribe Macchioro— la palingenesia no es una alegoría, sino una realidad, tan real, que con frecuencia se la considera como un hecho físico y material. El misterio no tiene como finalidad enseñar, pero renueva al individuo. No hay ninguna razón que justifique o imponga esta renovación: la palingenesia ocurre y eso es todo».⁵

Y del mismo modo que si se hallan presentes las circunstancias necesarias para que se produzca un fenómeno físico, éste se produce de manera segura; así, cuando se dan las circunstancias necesarias para que se produzca la iniciación, el renacimiento se produce de un modo igualmente seguro e igualmente independiente de todo posible merecimiento. Por eso en Eleusis, se podía afirmar, coherentemente, que un bandido, si era un iniciado, participaba de la inmortalidad, mientras que un Agesilao o un Epaminondas, si no eran iniciados, no habrían tenido después de la muerte un destino mejor que el de cualquier otro mortal. Si ya en aquel tiempo Diógenes pudo escandalizarse ante semejante punto de vista, cuántos más estarían hoy en condiciones de imitarlo.

Pero, por el contrario, quien haya abandonado la concepción

irrealista acerca de aquello que no es corporal y haya sido capaz de considerar también al espíritu como una fuerza objetiva — fuerza agente, reaccionante, necesitante, determinada y determinante—, no hallará que la cosa sea más contra natura de lo que lo sea el hecho de que, si a un bandido, a Agesilao y a Epaminondas los sometiéramos hoy a un circuito de alta tensión, la corriente no perdonaría ciertamente a Epaminondas y Agesilao, por su *virtud*, para fulminar, por el contrario, al bandido a causa de sus culpas.

Como a cualquier otra forma de método iniciático, oriental u occidental, al Arte Hermético le es propio separar al individuo de los «valores humanos» para plantearle, por el contrario, el problema del espíritu en términos de *realidad*. Pero entonces el individuo se encuentra ante su cuerpo, que es el nudo fundamental de todas las condiciones de su estado. La consideración de la relación entre el principio yo, en su doble forma de conocimiento y de acción, y la corporeidad (en el sentido total de este término), y la *transformación* de dicha relación por medio de operaciones o actos muy concretos, eficaces y necesarios, por esencialmente interiores, constituye la esencia del Arte regio de los maestros herméticos. Que se dirigirá en primer lugar a conquistar el principio de la inmortalidad, y luego a trasponer a la naturaleza estable, no ya caducos, los elementos y las funciones sobre los cuales se fundamentaba la aparición humana en la región del devenir. Hermes Trismegisto dice: «Convierte y cambia las naturalezas, y encontrarás lo que buscas».⁶

La Tradición Hermética de Julius Evola.

Introducción. II parte.

Notas:

1.- La expresión Arte Real o Regia tiene varios significados. Julius Evola se refiere particularmente a la iniciación hermética, que convierte a los adeptos de la Alquimia en reyes de la Naturaleza. También puede referirse a la iniciación caballeresca, que habilita para gobernar los reinos. En último lugar, de manera más impropia, vale también para la iniciación masónica, rememorando las antiguas franquicias otorgadas por los reyes a los constructores. El Rito Escocés trató de revalidar este contenido añadiendo grados caballerescos a los puramente masónicos de origen gremial; y por la misma razón el grado 33 adoptó la divisa de los Estuardos: *Dieu et mon Droit*, en latín *Deus meumque Jus* (Nota de los Editores).

2.- *Enneadas*, I, II, 7; I,II, 6.

3.- Desde el punto de vista de las disciplinas profanas se expresa así en un texto alquímico árabe: «El que conoce esta (nuestra) ciencia, aunque sólo sea superficialmente, y merezca ser uno de sus adeptos, es superior a cualquiera de los demás espíritus que más se hayan distinguido en todas las demás ciencias. De hecho cada hombre instruido en una ciencia cualquiera, y que no haya consagrado una parte de su tiempo al estudio de alguno de los principios de la Obra, en teoría o en la práctica, posee una cultura intelectual absolutamente inferior. Lo más que puede hacer es alinear palabras, construir frases y concreciones de su imaginación, e investigar cosas que no tienen una existencia propia y que sin embargo él cree que existen fuera de él». (*Tratado sobre el Mercurio occidental, La Química en la Edad Media*, III, 214.) El mismo Aristóteles, a pesar de ser considerado como el «Más brillante de los seres no luminosos», no podría compararse con los seres que han alcanzado el estado incorpóreo (*La Química en la Edad Media*, textos sirios, II, 264). Y en el *Corp. Herm.*, XVI, 2, se dice: «Los griegos, oh Rey, poseen formas nuevas de lenguaje para producir argumentos, y su filosofía es sólo un rumor de palabras. Pero nosotros no utilizamos palabras, sino la gran voz de las cosas».

4.- V. Macchioro, *Heráclito*, Bari, 1922, pp. 119-120.

5.- *Ibid.*

6.- *Ibid.*

Fraternitas Compostella

Tercera parte

Colaboración especial

El ocio o la destrucción del guerrero.

Los principios de la ciencia hermética.

El origen divino del hombre y de la tierra.

por Francisco Sánchez-Bas



El ocio o la destrucción del guerrero

No quisiera con este escrito mejorar lo que ya otros, de mejor manera, han descrito desde un punto de vista tradicional. Es éste una simple reflexión, como casi todo lo que escribimos, pues no hay nada nuevo que inventar.

Sin duda que el mundo moderno en que vivimos no deja a nadie indiferente, y, menos aún, no deja a nadie limpio de contaminación física o anímica. Pero aquellos que queremos ser luchadores, a pesar de que parezca que todo está perdido y ya no vale la pena luchar por nada, debemos estar alerta. Esta alerta consciente puede mantenerse durante ciertos momentos, pero no puede mantenerse una alerta consciente sin que afecte a la psicología y, por lo tanto, al normal funcionamiento de la persona. De nada vale ser consciente de la necesidad de una alerta constante si eso nos va a volver locos. Por eso, lo que se requiere es «un cambio de sistema» interno. Ya no valen los modos clásicos de lucha y, por tanto, de alerta ante los peligros del enemigo. Cambiaron las formas de guerra, cambiaron los peligros y, también, el enemigo cambió, al menos en su forma.

Se requiere pues un nuevo procedimiento que tampoco es nuevo pero que sí que ha estado ausente de la clásica manera de ser del luchador occidental, en los últimos siglos. Se ha vivido hasta ahora de una forma muy sencilla, muy limpia, sin complicaciones. Al hombre le bastaba con la palabra y el puño para casi todo. Pero todo eso ya ha desaparecido de repente. Y lo que se requiere no es un cambio de esencia sino un cambio de algunas formas para poder sobrevivir sin dejar de ser nosotros mismos como occidentales, como europeos.

Sin abandonar, ni mucho menos, el interés y la lucha externa, que no es otra cosa en el fondo que la unión con nuestros iguales, debemos adentrarnos en nuestro interior. Se trata de caminar en

busca de nuestro Ser. Este camino nunca ha sido ajeno al europeo, pero éste sí que ha ido alejándose de aquél en los últimos siglos, llegando al momento actual, sin venir a cuento ahora el cómo y el porqué.

Debemos partir de este precepto para dar a entender que ya no sirven ni los escudos ni los sistemas de luchas personales en el mundo de hoy ni del que viene. A partir de ahora hemos de entender que el escudo y toda la fuerza reside en nuestro interior. Cualquier postura o situación podrá ser nuestro escudo, cualquier objeto o herramienta podrá ser nuestra arma de combate. Pero ahora bien, si en el pasado la disciplina fue ya extremadamente necesaria para el guerrero, el futuro se muestra mucho más cruel para los nuevos guerreros, sobre todo para aquellos que quieran comenzar, pues el inicio será muy escabroso y desagradecido. Será muy difícil llegar a contactar con el Ser interior que da fuerza y seguridad permanente. Pero aquel que llegue ya no necesitará nada más. Este será el reto y el misterio de los nuevos guerreros.

Quien vaya adentrándose en ese camino, irá arreglando su vida para que el Ser se vaya manifestando libremente através de su persona. Irá cambiando su forma de vivir, su casa, sus costumbres, sus acompañantes, y toda su vida.

Pero antes de empezar a entender más allá de lo meramente intelectual, se encontrará, entre otros muchos, con uno de los obstáculos más importantes: el ocio.

Esta palabra engloba una serie de cosas del mundo moderno que en el fondo representan el mismo concepto. El ocio viene a ser la confirmación de la esclavitud del mundo actual. Son los minutos de recreo necesarios para que el personal no se suba por las paredes. Y el goce de tal ocio, confirma la realidad tajante de que se es un auténtico esclavo. Y lo más importante no es el recreo en sí, sino la forma impuesta de que todo el mundo lo cumpla de una manera determinada. El ocio se ejercita en los ratos libres, los días de fiesta y las vacaciones.

El aspirante a ser diferente, el guerrero, verá su frustración en las largas tardes estériles de las charlas profanas, o enfrente de una televisión, o en los juegos de rutina para pasar el rato. Pero hay muchas versiones de ocio que nunca acabaremos de nombrarlas porque no nos interesa ahora el centrarnos en ello. En el fondo todo aquel que le preocupa el tema sabe lo que es el ocio: es todo aquello que en el fondo sabemos que es una pérdida de tiempo. Y alguno dirá: ¿una pérdida de qué tiempo? ¿Para qué queremos el tiempo? Indudablemente el tiempo siempre se pierde porque nunca se para, siempre pasa. Pero aquel que posee una visión del mundo como guerrero, como luchador, es porque ha nacido para algo más que el vivir, comer y morir. Por eso el hombre con inquietudes superiores debe de «optimizar» su tiempo. Incluso su descanso debe ser diferente al de los demás. Nada de su vida puede ser vulgar.

Pero lo dicho hasta ahora puede llevarnos al caso contrario, es decir al activismo por el activismo, quizás por la obsesión de no perder el tiempo. Como hemos dicho más arriba. El nuevo guerrero debe forjar su camino en la búsqueda del Centro interior, del Ser, y ello requiere una dedicación especial. La lucha desinteresada, el idealismo en cualquiera de sus facetas, es ya una ascesis, un camino ascendente hacia lo profundo. Pero una vez que el individuo adquiere la conciencia de esa necesidad hacia Arriba, hacia el Centro, también deberá aprender a obedecer su voz más profunda, porque ese Ser querrá manifestarse de muchas maneras, o querrá salir a respirar bajo determinadas formas. De ahí la necesidad que a veces se manifiesta por la contemplación en soledad, o bien acompañado, en la naturaleza, o por la necesidad de oír o aprender música, o por la tendencia a ir a la montaña. ¿Sería eso una pérdida de tiempo? Pues, tajantemente, NO. Porque nunca la lucha será un fin en sí sino un medio, aunque la lucha nunca deje de ser eterna, por muchos ratos de devoción y paz que se tengan en el camino. A veces, una sencilla mirada

Peregrinus nº 1

hacia el ser o el objeto más simple, nos puede llevar a descubrir lo que nadie nos hubiese sido capaz de explicar con cientos de libros. Una subida a la montaña equivale a muchos libros de lectura juntos. Pero tanto la lucha como la subida a la montaña debe de ir acompañada de un cierto «desinterés» o desapego. Es decir, todo aquel que va a la montaña buscando la revelación, lo más seguro es que sólo se percate de la suciedad, las moscas, la falta de higiene, el mal tiempo. Estamos muy mal acostumbrados en esta civilización marcada por el interés y el rédito. Hay que ser capaces de vivir sin esperar nada a cambio, pero prestos a darlo todo para que todo cambie, sin pretender que nuestra aportación sea algo más que un simple grano de arena en una inmensa playa. Y para que eso satisfaga se debe ser muy ajeno a este mundo, aunque se sepa vivir plenamente en él. Algo así como hacer que las raíces penetren en lo más hondo para que las ramas alcancen el cielo.

El rato de convivencia con los nuestros siempre es constructivo, pero el rato de ocio para no hacer nada, para malhablar de todo, etc., no sólo es una pérdida de tiempo sino que cierra las puertas del corazón. Es decir, el que se complace con los días de copas, charlas estúpidas y eternos planes irrealizados, vive en el autoengaño permanente, y cualquier libro idílico que lea le parecerá como una utopía inalcanzable.

El cambio de actitud requerido se ha de extender a todos los campos de la vida. La actividad laboral que no satisface debe ser cambiada, o bien simplemente utilizada porque pueda interesar, porque deje el tan necesario dinero, o porque deje suficiente tiempo libre para ser uno mismo. Con el tiempo, el Ser se va expresando y sabe ir eligiendo correctamente. Pone cada cosa en su sitio. Equilibra la rentabilidad económica con la necesidad espiritual. Hace dar los pasos definitivos ante problemas que antes no nos atrevíamos a definir. Pero para que esta certeza se imponga, para que ello tenga salida por sí solo, se necesita un

proceso largo, que nunca se podrá explicar en cuatro líneas, pero del que sí podemos decir que se ve muy perjudicado por las atracciones que el Sistema impone y que en general es aceptado por todo el mundo, incluídos los que se jactan de anti-Sistema: el ocio.

Para poder ser Uno mismo, se requiere un procedimiento y unas herramientas. Las herramientas son todo aquello que nos rodea y que hemos de acondicionar para que el Ser pueda nacer en nosotros. También lo son las costumbres que le impiden salir a la luz.

Así pues, se debe cambiar el ocio estúpido por la acción creadora o por la no acción, también creadora. Debemos querer crear, no simplemente hacer por hacer. Cuando uno crea no pretende que eso sirva para algo. Se crea porque uno quiere y debe. El que hace, aunque sea por un cierto idealismo, al final siempre pretende que eso sirva para algo. Y como los años siempre pasan, y nunca llega el fruto deseado, lo que sí que llega es la decepción y la amargura.

Da igual que se califique a esto de orientalismo o escepticismo, porque no lo es, ni una cosa ni la otra. Porque es muy difícil concebir que uno puede ser creador aunque sea de pequeñas cosas. Uno siempre pretende que todo sirva para algo, y esa idea es la que se debe superar. Uno debe luchar porque se crea poseedor de una verdad, y debe luchar hasta el final, aunque sepa que no lo pueda conseguir. Eso es luchar por honor, y ese concepto no lo entiende todo el mundo. Como no todo el mundo entiende que se pueda hacer algo por ilusión de crear cosas, como proyección de uno mismo, poniendo toda la fuerza que emana del interior.

En resumen, sabemos que hay que trabajar para sobrevivir. El sistema quiere que eso sea una nueva forma de esclavitud, dejando ratos libres y dándo muchos objetos a cambio: el consumo. Pero nosotros somos nosotros. Sabemos que debemos

crecer interiormente. Y no debemos oír los mandatos del sistema. El tiempo libre debe ser en esencia igual que nuestro tiempo ocupado. Si nos obsesionamos por no poder sobrevivir en nuestro tiempo laboral sólo caben dos alternativas: o dejarlo, o integrarlo positivamente como una parte de nuestra vida, y nunca la más importante. Pero esperar la llegada del fin de semana o las vacaciones para ser libres, es la única constatación de que vivimos como esclavos, y esa esclavitud trasciende a todos los niveles del ser. Quien se siente esclavo nunca puede ser libre, de ninguna manera, ni espiritual ni físicamente. Uno podrá estar 50 años en una prisión y sentirse más libre que los que le custodian tras las rejas. Pero curiosamente, el mundo se ha convertido en una inmensa prisión, cuyo gendarme es la televisión, y el recreo para tomar el bocadillo son las vacaciones y los fines de semana. Y quizás la paradoja nos lleve a que los hombres libres deban de estar encerrados para no perturbar a los esclavos que vivirían fuera. Pero eso nunca cambiará la calificación de quien sea de verdad libre o esclavo.

O sea pues, tiene que haber un momento para la acción, otro para la contemplación, otro para la amistad, otro para el arte (teatro, cine, etc), otro para la reflexión... pero todo ello debe ir encaminado, en principio, hacia una Idea superior que nos sobrepasa y una verdad que nos puede hacer potencialmente libres. Y progresivamente, mientras el Guerrero va naciendo en su plenitud, irá preparando el camino, en el trascurso del cual acaba sabiendo todo lo que debe hacer en cada momento de su vida.

Francisco Sánchez-Bas

Los principios de la ciencia hermética

Me sucedió un día que, cuando me comenzaba a interesar por los misterios esotéricos y tradicionales, alguien me comentó que, lo mejor era empezar leyendo los Principios del Kybalión, de Hermes Trismegisto. Así lo hice, y desde entonces puede decirse que esos principios universales e inmutables los he ido aplicando casi inconscientemente a todo lo que después iba acumulando en mi memoria racional y también en la intuición.

Existen varias versiones del Kybalión, y diríamos que no muy fiables en sus consideraciones, por provenir de ambientes teosóficos, todos ellos poco o nada recomendables. Casi todas ellas se limitan a enumerar los siete principios, junto a algunas frases más de Hermes, seguido de los comentarios e interpretación de los autores, la mayoría de los cuales proceden de escuelas teosóficas, cuyas interpretaciones son a veces muy poco acertadas, aventurándose a enumerar diferentes planos de la existencia con todo detalles, pasando a hablar de reencarnaciones y cosas por el estilo.

Podría decirse que estos principios, son los siete pilares del Universo visible e invisible, lo que está y lo que no está al alcance del hombre. Profundizando en estos principios, a través de los años y de la escalada interna personal, se puede llegar a intuir, dentro de lo que nuestra naturaleza humana nos permita, los enigmas inexplicables para nuestra corta mente racional. Pero también veremos que en ellos descansan todos los fundamentos científicos de la ciencia profana, la cual, ante la auténtica ciencia no sería más que un juego en manos de unos niños inconscientes. Pero esta realidad sólo puede ser captada por una mente en la vía tradicional, que de esa manera podrá percatarse de que, muy a pesar de sus detentores, los descubrimientos lógicos e irrefutables de la ciencia no son sino verdades que, de una manera

u otra, siempre se han sabido. Dejamos aparte, sin lugar a dudas, la gran cantidad de supuestos promovidos por la ciencia oficial, muchos de ellos sin fundamentos, en los que descansan toda una serie de teorías que no son más que el reflejo de un mundo sin Dios y sin ninguna intención de rectificar en ese sentido.

Los Siete Principios

1º.- Principio del mentalismo

El Todo es Mente, el Universo es mental.

En este primer principio se da a entender la concepción de la existencia de Un Dios, el Todo, al cual se le atribuye la categoría de Mente, lo cual, para el individuo humano que pueda leer estos principios, pueda ver que, de entrada, existe una reciprocidad entre ese Todo y él mismo: los dos son mentales. De esa manera es más o menos sencillo de entender que comparativamente, lo creado, no sería más que una imaginación de un Ser superior, de la misma manera que, aunque en una escala infinitamente inferior, el hombre es capaz de crear sus propios «universos» mentales.

¿Cómo podríamos «demostrar» más aún si cabe este principio del mentalismo? Existe una constatación científica moderna que lo ilustra de una forma fehaciente. Se trata de la composición de todas las materias existentes. Sabemos que todos los cuerpos vivos (vegetales y animales) están compuestos por multitud de células, las cuales, unas junto a otras, de una manera especialmente ordenada, forman los tejidos, y éstos los diversos cuerpos. A su vez, estas células de las que hablamos están compuestas por millones de sustancias cohesionadas en forma de moléculas. Y estas moléculas, igualmente, pueden descomponerse en átomos. Cuando los científicos modernos encontraron y percibieron la estructura atómica creyeron haber encontrado la unidad indivisible. Pero llegó la incertidumbre cuando esta estructura

atómica también podía dividirse, y que sus componentes, electrones, neutrones y protones podían ser desintegrados, o sea también podían ser divididos. ¿Y en qué se transformaba todo? En energía. ¿Y qué es la energía? Realmente no es «nada», es una especie de fuerza por llamarla de alguna manera. Y esta fuerza, la energía, es mensurable, pero habría otras fuerzas, más sutiles, originarias de ésta más grosera, que no serían mensurables por los instrumentos del mundo manifestado.

¿Se entendería de esta manera pues la idea de que, en el fondo, todo lo existente, en el fondo «no existe», y que es como algo mental, como una ilusión?

Creo que este ejemplo «demuestra» que lo existente es un sueño, y que ese sueño es soñado por el Todo, por Dios. La vida sería un sueño «perfecto» de un Ser Superior, Inteligente e Infinito. La vida es sueño pues...

2º.- Principio de Correspondencia

Como es arriba es abajo; como es abajo es arriba.

Es la relación entre macrocosmos y microcosmos. Y esta relación se expresa de múltiples maneras. De ningún modo quiere esto dar a entender una igualdad sino una similitud dentro de la diferenciación. Similitud a la hora de la estructuración, de la ordenación, de la distribución, de la organización. Y posiblemente la palabra similitud tampoco sea la correcta. El hecho de que «como es arriba es abajo» y viceversa, no indica una igualdad en el sentido estricto. Se refiere a una analogía, en fin a una correspondencia, y podría decirse incluso a una proporcionalidad.

Si usamos la idea de los arquetipos, será más fácil de entender este principio. Esta idea implica la existencia de unos «moldes o patrones» a partir de los cuales todo lo existente sería como una reproducción, o un reflejo, de los mismos. Estos patrones se reflejarían de formas diferentes en los diferentes medios

existenciales, siendo el mundo terrenal, o el universo manifestado, la expresión más baja y grosera de la existencia.

Una expresión de esta idea la tenemos en la frase bíblica de que Dios «creó al hombre a su imagen y semejanza». La interpretación vulgar de esta idea llevó a hombre cristiano a representar a Dios como un hombre con barba blanca. Esto no sería así «en realidad», pero en el fondo tampoco debería ser del todo incorrecto, puesto que el Hombre es algo que emana de Dios. Reflejo de esta idea es también el principio cristiano del Dios que se hace Hombre, o de los ideales paganos del hombre que se hace Dios.

Esta analogía entre arriba y abajo, indica la existencia en el fondo de un lenguaje común no ya para el universo manifestado sino para todos los planos de la existencia. Este «lenguaje» sería el simbolismo. El símbolo, tal como se representa ante los ojos del hombre, sería diferente a la forma de representación ante los ojos de otros seres, en otros planos existenciales, pero la «traducción» al plano existencial del hombre, de la naturaleza manifestada, sería una «adaptación» de esos principios arquetípicos procedentes de «arriba».

Esta idea de la correspondencia es uno de los principios herméticos más usados para explicar los misterios de la divinidad y de la existencia.

El conocimiento de esta analogía o correspondencia entre todo lo existente en los diferentes grados, es una de las claves para saber leer o captar el auténtico lenguaje de la sabiduría iniciática. La maravilla de la Creación estriba en que todos los organismos que la componen, vivientes y no vivientes, tienen un análogo funcionamiento, aunque expresado de diferentes maneras y formas. La exacerbación de esta idea sería el pretender que todos somos iguales, pero que sólo los hombre somos iguales, excluyendo a los otros seres, con lo que demuestra un marcado interés filosófico y político de pretensiones claras y determinadas.

En el extremo opuesto se colocarían las visiones estrictamente religiosas exotéricas, ante las cuales nada tiene que estar relacionado forzosamente, y todo sería algo sí como un capricho o un azar de un pretendido Dios ajeno al hombre y sobre todo muy lejano en su propia naturaleza.

3º.- El Principio de la vibración

Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra.

Podría relacionarse este principio con la idea de que nada es lo que parece. Toda aparente tranquilidad encierra un sinfín de turbulencias por ínfimas que éstas sean. El cuerpo más reposado está repleto de inacabables pulsaciones que van y vienen. Las células de todo organismo son auténticas fábricas incansables. Incluso los organismos no vivientes, los minerales, en sus partículas más ínfimas, las moléculas, los átomos, los electrones, manifiestan una energía circulante sin cesar.

Cuando el hombre reposa, su cuerpo no lo hace, ni tampoco su inconsciente a través de los sueños. El cese de la actividad consciente, no implica el de la actividad inconsciente.

El conocimiento de la existencia de estas vibraciones permanentes, permiten incidir en la armonía de todos los organismos para mantener su perfecto estado de equilibrio interno.

Esta influencia vibracional es un vehículo que se utiliza en la medicina tradicional de todos los tiempos. La energía liberada por un mineral puede afectar a cualquier organismo que le rodee. La radiactividad sería la manifestación «más material» de esta microvibración. Esto quiere decir que puede tener influencias equilibradoras tanto como alteradoras de los organismos de toda índole. Si la influencia más grosera sería la radiactividad, la manifestación más sutil no podría ser captada por ningún aparato de medida, y equivaldría a una fuerza invisible, que traspasaría el

plano de la existencia material, llegando al plano más psíquico, y esta fuerza sería la utilizada por la magia tradicional.

En analogía con esta influencia de incidencia material, como la radiactividad, o de incidencia psíquica como la fuerza mágica, se encontraría, aunque ya en un nivel infinitamente superior, el de la influencia superior o espiritual. Esta influencia afectaría realmente a los planos superiores de toda cosa, viviente o no, existente. El efecto producido acabaría reflejándose posteriormente en todos los planos de la existencia de ese individuo o elemento. Esto permitiría que, «desde arriba», pudiese transformarse la naturaleza de los metales (el plomo en oro), siendo el fundamento de la Alquimia medieval, pero que no sería diferente a transmutar al hombre vulgar en hombre-dios o superhombre, y este sería el objeto de la iniciación, la cual sería transmitida previamente a través de una influencia espiritual, de igual eficacia, aunque de naturaleza diferente y superior, al de la radiactividad de los cuerpos físicos. De hecho, Guenón utiliza la palabra «vibración» para definir de alguna manera la naturaleza de la influencia que se transmite mediante la iniciación.

4°.- El principio de Polaridad

**Todo es doble; todo tiene dos polos;
todo su par de opuestos;
los semejantes y los antagónicos son lo mismo;
los opuestos son idénticos en naturaleza pero diferentes en grados;
los extremos se tocan; todas las verdades son semi-verdades; todas las paradojas pueden reconciliarse.**

El principio de la relatividad se basa en que lo que es positivo para una cosa lo es también negativo para otra. Toda cosa tiene pues su aspecto bueno y su aspecto malo. La exageración de este principio cae en el maniqueísmo. Y ¿qué significaría esta

exageración? Pues sencillamente el carecer de una visión superadora, una visión que comprenda la realidad de ese mundo dual, pero también la superación del mismo. Podría hablarse de superación, pero también de redención o integración. Esto nos recordaría la idea de la reintegración con la sombra, en el nivel psicológico humano, para conseguir la totalidad.

La visión dual no debe llevar a una consecuencia fatalista, a un enfrentamiento sin remedio y permanente, lo cual sería exclusivamente destructivo, sino que la comprensión íntegra de esta polaridad nos lleva a su misma superación. Podríamos sintetizarlo diciendo que la visión exotérica llevaría al enfrentamiento sin solución, sin redención posible, sin superación, es decir conduce a la destrucción sin remedio. En cambio, el conocimiento y la aceptación de este principio nos llevaría a la superación del mismo. Ya no se caería en el enfrentamiento de las partes sino que se produciría el efecto creador, frente al efecto destructor.

En un mismo plano de la inteligencia vulgar humana, los opuestos tienden a enfrentarse, tanto dentro de un hombre mismo como entre hombres, uno contra otro. Pero la calidad que puede obtener un hombre a través del Conocimiento, permitirá que los opuestos recuperen el papel generador que produce la naturaleza.

Así como macho y hembra producen un nuevo ser, positivo y negativo pueden producir una nueva energía. Pero ante una visión relativa de las cosas, lo positivo es contrario a lo negativo, lo bueno de lo malo. Está pues en la visión totalizadora la solución a todos los antagonismos.

Por otra parte, así como todo lo bueno tiene su parte mala y todo lo positivo tiene su parte negativa, también todo lo masculino tiene su parte femenina, y todo lo femenino su parte masculina.

En este principio de la polaridad se basa el concepto del Ying y el Yang. Y ambos juntos se complementan siendo partes complementarias de la Totalidad.

5°.- Principio del Ritmo

Todo fluye y refluye; todo tiene sus períodos de avance y retroceso;

todo asciende y desciende; todo se mueve como un péndulo;

la medida de su movimiento hacia la derecha es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda; el ritmo es la compensación.

Mantenerse en la existencia manifestada significa estar sometido a las leyes cíclicas que puedan mantener esa existencia. Uno de los principios de esa perfección que es la Creación es el ritmo. Todo alejamiento de la tierra respecto al sol es correspondido con un próximo acercamiento. Las estaciones se compensan entre ellas.

Para que el péndulo tenga fuerza para ir hacia la izquierda debe de venir impulsado desde la derecha.

Todo en la naturaleza está sometido a esta ley del péndulo, y todos los seres van y vienen a la misma vez con los ritmos acompasados de la naturaleza y de los astros.

El hombre, que tiene capacidad de vida propia, autonomía relativa con respecto a la naturaleza, sufre también estos ciclos en sus eventos sociales, en sus manifestaciones culturales. Y esta ley se cumple siempre, aún cuando él no sea consciente. Toda civilización ha encontrado, hasta el momento, su ocaso, y la nuestra también lo encontrará. El hecho de que el hombre actual no sea consciente de ello, no significa que no se cumpla, sino que, muy al contrario, las fuerzas cósmicas actuarán más despiadadamente, por el hecho de que el hombre, en su ignorancia, no intentará poner ningún remedio. Si fuese consciente de esta ley, no significa que pudiese evitarla, sino que el mismo hecho de conocerla significaría que la acepta y trabajará en consecuencia. Pero este desconocimiento es un síntoma de

que se está llegando a un extremo desde el cual se ha de retornar otra vez al origen, en cuyo camino de vuelta, el hombre volverá a ser consciente de todo lo que ha olvidado hasta ahora.

Esto nos lleva a hablar de las famosas etapas por las que pasa toda existencia ligada al hombre: las edades dorada, argéntea, bronce y hierro. En la actualidad estaríamos en la última, siendo una consecuencia de ello lo que más arriba decíamos acerca de la no-consciencia respecto al cumplimiento de la ley de la oscilación. El conocimiento de ella no implica que no pueda llegar, pero sí el que se pueda retrasar. Una sociedad concreta puede evitar, en base a su propia consciencia, la caída, pero no será nunca dueña de lo que sucederá con sus sucesores, y por eso mismo «lo natural» es que tarde o temprano llegue la decadencia, pero toda decadencia es como un fruto seco que cae del árbol, desde el cual se desgajarán sus parte muertas, y se liberarán las semillas, las cuales posibilitarán otra vez el surgimiento de otro árbol.

Sabiendo esto, toda persona de conocimiento siente satisfecha su inquietud. Sabe que todo lo que cae vuelve a subir. Y lo más importante es que, incluso en la época más oscura, unos pocos vivirán dentro de sí la luz que nunca se ha apagado. Por eso mismo, lo importante no es mantener vivo el Imperio en el exterior, sino mantenerlo eternamente vivo en los corazones. La vía iniciática asegura esta eterna continuidad, este hilo conductor, sin el cual, la ley cíclica dejaría de cumplirse en la civilización humana, con lo cual no sería posible la existencia de la consciencia en el Universo.

Al hombre vulgar le preocupa que aquello por lo que lucha, según esta ley, pueda volver a caer, en caso de conseguir el apogeo por el que lucha. Pero él mismo es víctima de esa misma ley cíclica. Podrá no creer en ella. Podrá creer que el hombre es capaz de mantener un eterno paraíso en la tierra, pero cuando menos se dé cuenta, él mismo se habrá cansado, si no se ha

incluso desanimado. Habrá visto al final que no ha cumplido todos sus propósitos heroicos. Pero incluso en las excepciones estelares de la historia, aquéllos que consiguen un apogeo son incapaces de que éste se mantenga después de muertos ellos mismos.

Toda persona mantiene dentro de sí este flujo que le hace variable e inestable periódicamente en su vida. El conocimiento de ello le proporciona un dominio de sí mismo. No significa que por ello lo pueda evitar. La naturaleza de cada uno le afectará según su constitución física y psíquica. Esto no será fácil de variar, pero sí que podrá «programar» su propia existencia basándose en ello, y eso ya será un triunfo.

Cuando llega el momento en que el hombre se siente responsable y portador de una llama eterna, toda fluctuación natural fuera o dentro de él mismo se convierte en algo secundario para su existencia, sin que ello le altere más allá que un simple resfriado.

La llama eterna arrasa y supera toda fluctuación, aunque no la elimina, sino que la ilumina. Una vez más se trata de triunfar sobre las leyes a base de conocerlas y de ver en ellas su lado trascendente, que será sobre el que cabalgue el caballero monje, poeta y guerrero.

6°.- El Principio de Causa y Efecto

Toda causa tiene su efecto; todo efecto tiene su causa; todo sucede de acuerdo con la Ley; la suerte no es más que el nombre que se le da a una Ley no conocida; hay muchos planos de causalidad, pero nada escapa a la Ley.

Toda cosa ha sido producida o causada por otra, y ésta a su vez por otra, y esto nos lleva al infinito cuya grandeza es inconcebible para la mente humana. Siendo la Causa Primera y Última, el mismo Todo, o Dios.

Así como todas las demás, esta es una Ley desconocida de

hecho por el vulgo, aunque todo el mundo la menciona de vez en cuando. Es decir, casi todo el mundo la conoce pero nadie es consciente, ni actúa en consecuencia.

Trabajar en un sentido da un fruto determinado. De este fruto siempre hay dos partes: la que esperamos y la que no esperamos. Ambas habrán sido causadas por muchos factores, mayores en número de lo que inicialmente calculamos, y muchos más de los que seamos conscientes.

Todo lo que se hace tiene su consecuencia posterior. Incluso el no-hacer sería un hacer determinado, por ello la inactividad puede tener consecuencias a veces positivas y a veces negativas.

Lo que en la Antigüedad era fruto del conocimiento con respecto a las acciones del hombre en su entorno, ha quedado hoy como mera superstición. Y todos los malos efectos que recibimos se atribuyen a la mala suerte.

Todo lo que nos pasa tiene una causa. Quizás no seamos conscientes de ella, quizás la ha provocado otra persona u otro ser, pero el desconocimiento de ello no implica que no sea así.

Nuestros antecesores actuaron sobre nosotros, y nosotros actuamos sobre nuestros futuros descendientes aún por nacer. Esto es demasiado evidente incluso para el inconsciente mundo de hoy. Pero hay muchas más cosas que el hombre ya no capta o no quiere captar. La insensibilidad hacia todo ser que le rodea, en vez de hacerle más libre le hace más víctima hasta del más diminuto ser.

En el mundo pagano, incluso en la época que conocemos algo, ya tardía y degenerada, se caracterizaba por un respeto y una actuación en consecuencia hacia los animales, hacia los árboles y las plantas, que ya no se conciben hoy. Incluso la consideración hacia fuerzas o seres de otros mundo siempre se tuvo presente, y hoy se toman por irreales y fantasmagóricos. Ello no hace sino que aumentar las causas de unos mayores efectos negativos si es que aún le cabe al hombre de hoy.

La sensibilidad que desarrolla el hombre que adopta la vía del conocimiento le hace captar un sinfín de esas causas que sus homólogos zoológicos ya no perciben ni por asomo. Cuando la inconsciencia de una comunidad hacia su entorno natural y sutil le hace causar unos daños irreparables, la simple presencia de un hombre de conocimiento puede llegar a paliar los efectos negativos de esas causas iniciales. El hombre de conciencia superior puede actuar en su entorno pero nunca será suficiente, ya que el alcance de los efectos negativos será cada vez mayor e irreparable.

Esta Ley de Causa y Efecto es la que rige cuando, en las leyendas e historias que conocemos, se relaciona la época de decadencia con la sequía, la pobreza en la naturaleza, la muerte y la miseria. Cuando se pierde el cordón umbilical que une al hombre con el Conocimiento, todo a su alrededor cae y degenera, todo se marchita y se corrompe. Pero cuando se restablece el orden, cuando se reconquista el Graal, los árboles vuelven a florecer y los paisajes vuelven a ser verdes.

El hombre que quiere caminar por la vía superior, debe de regirse por una norma de respeto y un afán de conocimiento. Lo que al principio son normas impuestas por él mismo o por sus superiores, se convierten, con el tiempo, en una claridad de visión en la que la causa y el efecto de todo acto permanece implícitamente consciente en él, pero no ya en la consciencia limitada del cerebro sino en la Otra Consciencia que paralelamente, en su Ser superior, se va forjando.

7º.- El Principio de Generación

La generación existe por doquier; todo tiene sus principios masculino y femenino; la generación se manifiesta en todos los planos.

Anteriormente hablábamos de la dualidad que existe en todo. Un aspecto de esa dualidad es lo femenino y lo masculino. La

mitología nos habla de un origen hermafrodítico del hombre, pero no es que no tuviese sexo sino que era a la vez femenino y masculino. Fruto de ese origen es el hecho de esa dualidad que permanece aún en el hombre. Esa parte femenina que es el «anima» y esa parte masculina en la mujer que es el «animus».

La consecuencia de esta dualidad es la posibilidad de generar, de crear a otros seres semejantes a ellos.

La generación siempre fue culto obligado en todas las religiones paganas. Por ello, el sexo, como órgano reproductor fue venerado y respetado como algo sagrado.

Pero no sólo debe hablarse del sexo como algo exclusivo para la generación carnal. También mediante el sexo se produce la generación espiritual. Este era el fundamento del tantra-yoga hindú, que no sería más que una técnica de generación basada en orientar el flujo sexual en dirección opuesta a la de la reproducción carnal.

También este tipo de generación, hablando de forma más esotérica, sería el fundamento de toda alquimia iniciática, es decir de toda transmutación interna.

El iniciado conseguiría el nuevo nacimiento efectivo (objetivo último de la iniciación) a través de un proceso que nos ha sido definido simbólicamente mediante los escritos alquímicos. Se trataría de un desposorio místico entre el Hombre y su Amada interna, del cual tendría lugar el nacimiento de un nuevo Ser. Éste sería el fin último de esa dualidad existente en el hombre. Fin que ha sido olvidado y alejado de las posibilidades del hombre actual, lo cual explica el grado de degeneración existente a esta altura de la civilización.

Frases del Kybalión

Como reflexión de todo lo que se ha comentado hasta ahora y para apoyar los siete principios mencionados, seleccionamos

Peregrinus nº1

las frases más conocidas del Kybalión.

– Más allá del Cosmos, del Tiempo, del Espacio, en todo cuanto se mueve y cambia, se encuentra la Realidad Substancial, la Verdad Fundamental.

– Lo que constituye la Verdad fundamental, la realidad sustancial, está más allá de toda denominación, pero el sabio lo llama Todo.

– En su ausencia, el Todo es incognoscible.

– Mas, el dictamen de la razón debe ser recibido hospitalariamente, y tratado con respeto.

– El Todo debe ser infinito, porque nada puede existir que defina, limite o ponga restricciones al Todo. Debe ser infinito en el tiempo, o Eterno, debe haber existido siempre, continuamente, pues nada puede haberlo creado jamás, y algo nunca puede surgir de la nada...No está sujeto a ningún poder, porque no hay otro que el Suyo.

– El Todo debe ser inmutable, esto es, no sujeto a cambio en su naturaleza real, porque nada existe que pueda obligarlo a cambiar. No puede ser aumentado ni disminuido, ni ser mayor o menor bajo ningún aspecto. Debe «haber sido» siempre y debe seguir «siendo» siempre también idéntico a lo que es ahora: Todo. Nunca ha habido, ni hay, ni habrá algo en lo que pueda transformarse o cambiar.

– Siendo el Todo infinito, Absoluto, Eterno, Inmutable, debe deducirse que todo lo que es infinito, mutable, transformable y condicionado no puede ser el Todo.

– El universo es una creación mental sostenida en la mente del Todo.

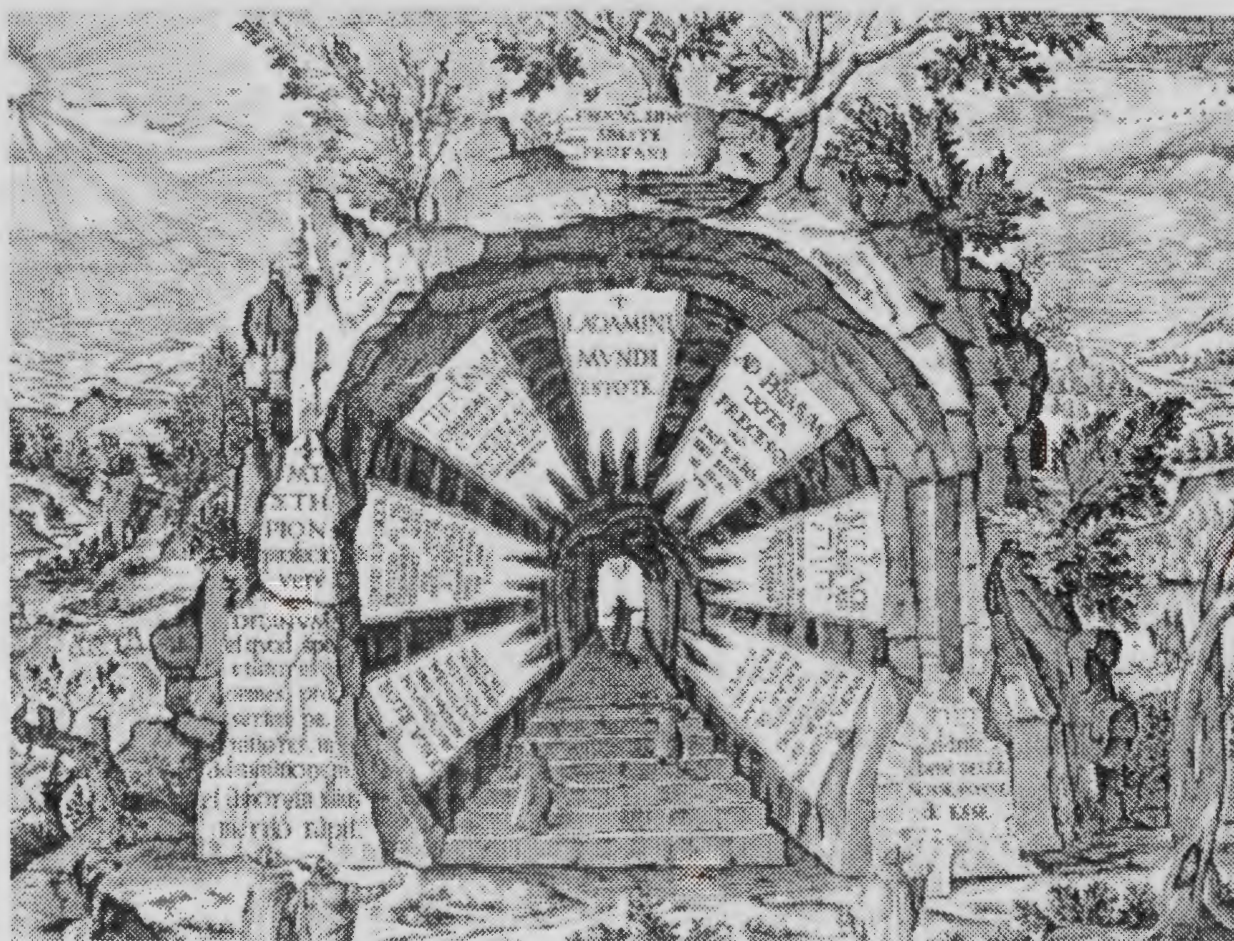
– El Todo crea en su mente, infinita, innumerables universos, los que existen durante eones de tiempo, y así y todo, para Él, la creación, desarrollo, decadencia y muerte de un millón de universos no significan más que el tiempo que se emplea en un abrir y cerrar de ojos.

Fraternitas Compostella

- La mente infinita del Todo es la matriz del Cosmos.
- No hay nadie que no tenga padre o madre en el Universo.
- En la Mente del Padre-Madre, los hijos están en su hogar.
- El sabio a medias, reconociendo la irrealidad relativa del Universo, se imagina que puede desafiar sus leyes. Ése no es más que un tonto, vano y presuntuoso, que se estrellará contra las rocas y será aplastado por los elementos.

– Si bien es cierto que todo está en el Todo, no lo es menos que el Todo está en todas las cosas. El que ha comprendido esto debidamente, ha adquirido gran sabiduría.

Francisco Sánchez-Bas



Origen divino del hombre y de la tierra

Premeditadamente hablo ya, de buen comienzo, de hombre, no ya únicamente de hombre blanco, sino en general, zoológicamente hablando.

El problema de la modernidad es que ha perdido su conexión con la Tradición. Y esto hay que decirlo antes de comenzar a hablar de los temas polémicos de hoy en día. La estrecha mentalidad del hombre académico actual, al querer prescindir de la única información que le llega del pasado, o sea, las leyendas y los mitos, le dejan perdido en el tremendo océano de la ignorancia que es la mutilada ciencia oficial.

Un día se piensa que el hombre, en general, procede del mono. Como confirmación, se presentan unos huesos de Africa, con lo cual venimos de Africa. Ahora se han encontrado unos huesos más viejos en Australia, con lo cual somos australianos todos de origen. Lo peor de todo es que la opinión oficial del momento debe ser creída como dogma de fe, y luego además se quejan de los dogmas de la Iglesia.

Ante esto, los dogmáticos de ésta última, defienden a capa y espada sus pocas teorías aún inalterables, de poco aguante ya ante la presión del Sistema. Para la Iglesia, el hombre procede de Dios, aunque ahora ya acepta que no importa que Dios se valiese del mono para, en un momento determinado, infundirle el alma que le haría privilegiado en la Naturaleza.

La visión auténticamente tradicional de este asunto debe estar muy por encima de estas visiones limitativas. Quizás, tanto la ciencia como la Iglesia, acierten, por pura casualidad, en algo, pero en general lo que predomina es el reflejo de la «cultura» ignorancia profana actual.

No pretendo desenredar con un simple escrito lo que nadie ha sido capaz de hacer en los últimos siglos, pero sí que quisiera

dejar sentadas unas bases mínimas para «descansar psicológicamente en paz» de una vez por todas.

Muchas de las inquietudes del hombre contemporáneo son motivadas por el curioso deseo profano de querer saber todo, de dónde viene y a dónde va. Pero ese deseo desenfrenado no es sino la consecuencia de un naufragio espiritual que le mantiene desconectado de sus orígenes a través de la única línea posible que podríamos llamar su propia tradición, o la tradición que ya perdieron sus antecesores.

La historia del Universo es infinita. Nunca ha comenzado y nunca acabará. La imposición de una visión lineal de la historia, fue un logro equivocado del Cristianismo en su visión antropocéntrica de la vida. De ahí ya viene la pasión por ponerle una edad al mundo y buscar un origen, con fecha de fabricación a ser posible, de todo lo creado. En esto, la ciencia materialista no es más que una continuadora de la Iglesia. El hombre se propone de esta manera enumerar y definir todas las cosas. Pero la infinitud de la Creación es tal que nunca, ni todos los ordenadores de la tierra, podrían llegar a desenmascararla.

La primera conclusión, a la que podríamos añadir muchos más argumentos, antes de llegar a ella, es que con su capacidad actual, el hombre jamás podrá llegar a una verdad auténtica. Está condenado a ahogarse en sus propias mentiras y a matarse por ellas.

Mientras que la ciencia actual pretende encontrar explicaciones «desde fuera», la Tradición nos da toda la solución «desde dentro». Y he aquí la única solución posible. De esta solución, nos hemos ido alejando constantemente en los últimos milenios, y esa solución es la verdad absoluta que se refleja en toda mitología y en el simbolismo. Conocer al Universo por dentro, es lo mismo que conocer al hombre por dentro, y conocer a ambos por dentro lleva implícito el conocerlos por fuera.

No se trata pues de enfrentar contra una teoría evolucionista

otra divinizadora, al estilo de la Iglesia. No. Tan sólo se trata de plantear las cosas como son. Y las cosas, tal y como han sido, jamás se podrán escribir mejor de lo que ya están escritas y nos han llegado más o menos deterioradas a través del mito y del símbolo. Sólo la vía iniciática otorga las herramientas necesarias para el verdadero conocimiento, y eso nos debe bastar.

Y con todo esto, ¿cómo resumiríamos pues las respuestas a algunas de nuestras cuestiones fundamentales?

Hemos leído cómo, partiendo del Andrógino primigenio, El se separa de Ella al crearse la diferenciación de los sexos, y ese proceso mágico posiblemente nunca se haya dado en el terreno histórico, pero sí en el mito. El mito auténtico está más allá del tiempo y del espacio, y éste es el primer escollo que la mentalidad moderna de la que somos hijos nos ofrece para tener que saltarlo.

¿Se creó primero una célula y luego ésta evolucionó hasta llegar al pez, a los reptiles, a los mamíferos, y finalmente al hombre? Esta idea es la que se quiere tener hoy para poder explicar lo que es inexplicable, porque la gran Verdad nunca podrá ser captada racionalmente por la limitada mente humana. Cuando se descubra que todos en la Tierra hemos sido creados con una misma base genética (como ya se sabe) se acabará por descubrir que posiblemente esa misma base genética existe en casi todos los planetas con rastros de algo parecido a la vida. En ese momento, el científico actual deberá ensanchar los números de la edad de la Creación de tal manera que ya no podrán ser escritos en ningún lugar, porque deberá inventarse la idea de que primero hubo una gran bola en la que hubo vida y que éstas se separaron, etc, etc.

Ante esto, hemos de tener en cuenta que el hombre tradicional se caracteriza por una cierta despreocupación de esas cosas que no son más que fruto de una curiosidad «demasiado humana».

Pero siguiendo el juego actual, suponiendo que la aparición del hombre tenga una fecha real, poco importa si esta aparición

fuese fruto de una mutación «involuntaria» de unos primates. Lo más seguro es que fue al revés. Es mucho más sencillo pensar que los primates son degeneraciones bastardas de aberraciones humanas en épocas decadentes. Si Dios creó al hombre, desde luego no lo puso por arte de magia encima de la tierra una buena mañana, en una playa abandonada. Lo cierto es que la grandeza de la Creación nos indica la existencia de una Inteligencia superior. A esa inteligencia llamamos Dios, y este Dios se busca eternamente a Sí mismo a través de la propia creación, a través de nosotros. Si Dios es infinito, jamás una mente finita y limitada como la humana podrá llegar a entender los misterios de una forma racional, y menos aún permaneciendo desconectado de la fuente de luz de la que procede.

Al haber una inteligencia Universal, realmente existente, palpable e infinita, debe haber algo que refleje una conclusión de esa inteligencia para llegar a Él Mismo, y esta sería el Hombre. Pero éste no sería nada fuera del entorno que es la Naturaleza, la Creación, en la cual es el Rey y el enlace directo, la conciencia unificadora entre lo creado y Dios. Si no hubiese hombre, no habría Dios ni habría nada, lo cual es inconcebible. Si el hombre es una consecuencia de Dios, podemos decir, aunque suene a herejía, que Dios también es una consecuencia del Hombre.

Hasta ahora hemos hablado de Hombre, pero ¿y el Hombre europeo, el hombre blanco, qué pinta en todo esto? Si estamos hablando de que hay una uniformidad genética que unifica la creación, el hecho de que el blanco se creara de una mutación de un chino o de un negro, es algo que carecería de importancia trascendente. Si la evolución ha existido de alguna manera, poco importa el eslabón a partir del cual el hombre blanco aparece. Si lo que ha existido, por el contrario, ha sido una involución, ¿sería el blanco el origen desde el cual han salido las demás razas e incluso los monos, por involución? Y si ha sido así ¿desde donde partió el blanco? ¿Desde un reptil o un pez directamente? ¿Qué

importaría ahora saber todo eso? Carece de importancia, porque si ha sido algo de eso, ha sido esa misma Inteligencia divina la que lo ha provocado para encontrarse a Sí misma. Pero insisto en que lo primero de lo que hay que librarse es del prejuicio historicista, es decir de obsesionarse por buscar un origen histórico al hombre en general o al blanco en particular. Pues eso no deja de ser el caer en las trampas de la modernidad para no poder salir de ninguna manera. Personalmente creo que el hombre actual, estando incluso tan obsesionado por el descubrimiento del Universo, desconoce la magnitud con la que se enfrenta. La Tierra no es nada, es un grano de arena y el Universo sería comparativamente como todas las playas del mundo. Es decir, me cuesta mucho concebir que en este minúsculo planeta se haya dado Dios la única oportunidad de conocerse a sí mismo, a través de la inteligencia que supone el ser hombre. Concibo más bien que esa inteligencia o grado de existencia llamada hombre, en su grado de perfección externa e interna se ha dado eternamente en cualquier lugar de los Universos creados. Y si ahora, que suponemos al hombre en su estadio más degenerado espiritualmente, vemos que hasta es capaz de ir a la luna y pronto a otros planetas, ¿qué no podría hacer en un estadio superior de existencia, compaginando su superioridad física con la espiritual? ¿Acaso habría algún límite en el Universo para el hombre divinizado?

Si un segundo de Brahma, como afirman los hindúes, son mil años en la vida del hombre, poco nos importa el tiempo que haya gastado Dios en la creación de las especies, ni tampoco la metodología que haya empleado para conseguirlo. La Tradición sabe, y le basta con ello, que la Creación es un todo, y la ciencia lo demuestra constantemente, aunque no se percata de ello oficialmente, o mejor dicho, no se contenta, pues aún le falta mucha humildad para reconocer que «no sabe nada».

Si es evidente que el hombre es el Rey de la Naturaleza, el

hombre occidental, que es el culpable de toda degeneración terrestre, es el único capaz, por ello mismo de encabezar la única regeneración posible. Por eso nunca importará que lo árabes o los chinos conserven sus tradiciones mientras que nosotros las hayamos perdido. Y esto que puede ser una apología de una superioridad racial, no lo es tal sino la constatación de una realidad que implica una grave responsabilidad. Occidente, a través de sus hombres y mujeres, deben de encabezar ese resurgir de la espiritualidad del Universo. La explotación, la contaminación a todos los niveles, la destrucción del planeta, ha surgido de un Occidente carente de divinidad reintegradora, pero también el idealismo, el amor hacia todos los pueblos del planetas sin diferencia de razas surge desde una generosidad que sólo es propia del europeo.

Lo «lógico» es que no haya habido Creación sin hombre, y más concretamente sin el hombre superior del que hablan todas las mitologías occidentales. Si este hombre prototípico es inteligente por naturaleza, habrá vivido multitud de épocas, habrá conocido las leyes físicas que hoy sólo se intuyen, y en otras épocas ha podido viajar por todos los planetas. Si la misma ciencia nos enseña que el tiempo es relativo, si nos demuestra que se puede viajar teóricamente hacia atrás en el tiempo (y hacia delante), eso nos indica que no existe el principio ni el fin. Nunca ha habido un inicio, y nunca habrá un final, de la misma manera que, según se sabe, a cada instante nace una nueva estrella y se destruye otra. Si todo eso es posible, no pretendamos ahogarnos con teorías fáciles y limitadas, sean más o menos ciertas, pero que sólo serían ciertas en parte.

La Eternidad comienza en el momento en que el Hombredios aparece sobre el Universo. Antes de él, no había Eternidad, puesto que nada había que tuviese conciencia de la misma. Y en el momento en que comienza la Eternidad, ya no hay ni principio ni fin. Porque normalmente se nos habla de Eternidad como

algo proyectado hacia el futuro, pero no es así, puesto que también abarca el pasado. Y diciendo esto, se dice implícitamente que esa Eternidad nunca ha comenzado, puesto que es Eterna.

Cuando uno mira al cielo, y ve la inmensidad, se percata de que alguien sintió esa inmensidad eternamente. Siempre hubo una inteligencia capaz de hacerlo. Siempre hubo un hombre, y si éste siempre existió, siempre existió el Hombre-dios. Si según la tradición hindú, todo el orden social procede de ese Hombre-dios, indica que todo procede de él. Si antes de este orden, lo que imperaba era un caos de tribus diversas, poco importa que el Hombre-dios les llegara de otro planeta, que sería lo más lógico, o si, por voluntad divina, le hizo nacer tras una mutación de una familia de animales cualquiera. La mitología nos habla de los ángeles que bajan del cielo, y esto puede ser físicamente cierto o bien puede ser una alegoría «genética». Pero si existe Eternidad, ésta está íntimamente ligada a Dios, y a Éste no se le puede concebir como un tonto que busca año tras año hasta conseguir a su criatura perfecta: el Hombre divino original. No es concebible que hubiese milenios en los que Dios hubiese prescindido de su propia inteligencia expresada en la Creación. Por eso, en cuanto prescindimos del prejuicio histórico lineal, ya no tiene ningún fundamento cualquier tipo de evolucionismo, aunque todo está en continua evolución real. El teatro en donde se desenvuelve la evolución o la involución es muy poco importante con respecto a los infinitos niveles de existencias que debe haber. Y si nuestra mentalidad no quiere o no puede abstraerse aún del prejuicio historicista, debe contentarse con pensar que, «al menos», el Hombre que busca su divinidad, en su concepción eterna de la existencia, manifiesta en sí su propia eternidad, y que si no ha sido eterno en su manifestación física en este Universo, lo ha sido sin lugar a dudas «en otros lugares», en otras existencias, y esto enlazaría con el mito de Lucifer, es decir aquel que abandona otra existencia para buscar el conocimiento e igualarse a Dios.

Pero este mito de Lucifer no es algo que pasara en un momento de la historia. Esto ha pasado eternamente. Y volvemos a lo de siempre. Olvidémonos de la concepción historicista, y a partir de ese momento otros mecanismos de nuestro conocimiento se pondrán en marcha. Entendamos el símbolo como esencia suprema del conocimiento, el mito como el recuerdo perdurable del mismo, y la poesía como su única expresión posible en este mundo manifestado.

S

Desde el punto de vista tradicional, el «Así hablaba Zaratustra» de Nietzsche, sería una expresión racional de la verdadera ciencia.

Francisco Sánchez-Bas

Contacta con nosotros

fraternitas@identidadydiversidad.org

www.identidadydiversidad.org/fraternitas

Peregrinus n°1

Fraternitas Compostella



Peregrinus n°1





Fraternitas Compostella